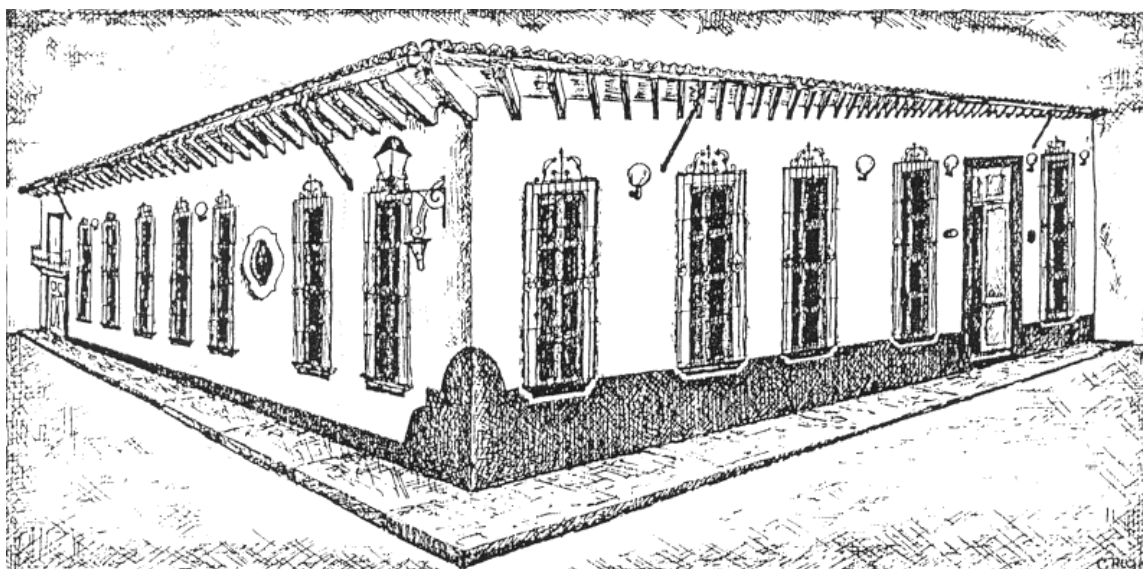


Cuadernos de Trabajo

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

UNIVERSIDAD VERACRUZANA



2

Etapas y procesos en la historia de América Latina

SERGIO GUERRA VILABOY

Xalapa, Veracruz ● Noviembre de 1997

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICO-SOCIALES

Director: José Velasco Toro

CUADERNOS DE TRABAJO

Editor:

Feliciano García Aguirre

Comité Editorial:

Joaquín R. González Martínez

Ramón Ramírez Melgarejo

Celia del Palacio Montiel

CUADERNO DE TRABAJO N° 2

© Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana

Diego Leño 8, Centro

Xalapa, C.P. 91000, Veracruz

ISSN 1405-5600

Viñeta de la portada: Luis Rechy (†)

Cuidado de la edición: Ignacio Aguilar Marcué, Carolina Córtes Cruz

Noviembre de 1997

Impreso en México

Etapas y procesos en la historia de América Latina

SERGIO GUERRA VILABOY

Cuadernos de trabajo

Instituto de investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana

Índice

Presentación

I. La época indígena

1. *Poblamiento del continente (+50 mil - 1500 a. n. e.)*
2. *Desarrollo de las civilizaciones indígenas (1500 a. n. e. - 1492)*

II. El régimen feudal colonial

1. *Inicios de la invasión europea: conquista y colonización (1492 - 1580)*
 - a) Las primeras exploraciones geográficas (1492 - 1580)
 - b) La conquista de Mesoamérica y el área andina (1519 - 1535)
 - c) Dominio de los territorios marginales (1536 - 1580)
2. *Auge y decadencia del régimen colonial hispano-portugués (1580 - 1700)*
3. *La última etapa colonial: 1700 a 1790*

III. La transición de régimen feudal-colonial al capitalismo dependiente

1. *La independencia de América Latina (1790 - 1829)*
 - a) La fase haitiana (1789 - 1804)
 - b) Primera fase de la lucha independentista en Hispanoamérica (1808 - 1816)
 - c) Segunda fase de la lucha independentista en Hispanoamérica y Brasil (1816 - 1826)
2. *Formación de los Estados Nacionales (1826 - 1885)*
 - a) Fase de predominio conservador (1826 - 1850)
 - b) Las reformas liberales (1850 - 1885)

IV. El capitalismo dependiente

1. Inicios de la gran expansión imperialista (1885 - 1929)

- a) Predominio indiscutido del capital británico (1885 - 1898)
- b) Comienzos de la expansión imperialista norteamericana (1898 - 1918)
- c) América Latina entre la primera posguerra y la gran crisis económica (1918 - 1929)

2. Crisis del Estado Liberal y hegemonía de Estados Unidos (1929-1959)

- a) La década de las revoluciones frustradas (1929 - 1939)
- b) América Latina durante la II Guerra Mundial (1939 - 1944)
- c) Los cambios democráticos entre 1944 y 1947
- d) Apogeo de la guerra fría (1947 - 1954)

3. América Latina después del triunfo de la Revolución Cubana (1959 - 1997)

- a) Primeros impactos de la Revolución Cubana (1959 - 1961)
- b) Ofensiva norteamericana contra la Revolución Cubana y su ejemplo (1961-1967)
- c) Ascenso de gobiernos nacionalistas y revolucionarios (1968 - 1973)
- d) Dictaduras y represión de 1973 a 1979
- e) La Revolución Sandinista y el avance democrático de los ochenta (1979 - 1989)
- f) América Latina en la posguerra fría (1989 - 1997)

Presentación

En este trabajo se ofrece una visión cronológica de las principales etapas y procesos de la historia de América Latina. La propuesta de periodización está destinada a facilitar la labor de síntesis y la comprensión de los momentos fundamentales por los que han atravesado en su evolución los pueblos de este subcontinente, poniendo de relieve los momentos más trascendentes, que impusieron saltos en la continuidad histórica y nuevas características en el desarrollo de la sociedad latinoamericana. Para ello se relacionan y jerarquizan una serie de elementos que dan fundamento a una periodización científica de la historia de América Latina, con énfasis en las relaciones económico-social y sus diferentes procesos.

Como se sabe, la periodización es un instrumento indispensable del trabajo del historiador en su estudio del pasado y, al mismo tiempo, una necesidad para su comprensión y divulgación. Por ello en toda obra o investigación esta implícita una división del tiempo histórico, aun cuando sea la más simple y primitiva de siglos, dinastías o reinados.

En este caso partimos de delimitar cuatro grandes épocas en la historia de América Latina. La primera de ellas corresponde a la comunidad primitiva aborígen y las rudimentarias sociedades clasistas precolombinas de Mesoamérica y el área andina; la segunda al heterogéneo régimen "feudal-colonial", prevaleciente desde los albores de la invasión europea a la América hasta el siglo XVIII; otra de transición extendida hasta fines del siglo XIX y, por último, el capitalismo dependiente y subdesarrollado, implantado en las postrimerías de la pasada centuria y prevaleciente hasta hoy en América Latina -salvo en Cuba socialista. Al margen de estas épocas históricas, en la que el tipo de formación económico-social proporciona la clave para su delimitación, pueden distinguirse dentro de ellas una sucesión de periodos, varios de ellos subdivididos en fases. Considerando la persistencia o no de determinados rasgos, se han establecido pequeños espacios de tiempo, más o menos comunes, a nivel continental, de carácter económico, social, político, militar y cultural. Las fechas que separan cada una de las etapas sólo tienen por finalidad señalar en forma aproximada -pues el proceso histórico no puede medirse con una exactitud matemática- el momento en que los cambios en la sociedad latinoamericana fueron de tal envergadura que abrieron en nuestra opinión otro periodo. De ahí que los años seleccionados con ese propósito, que por lo generales se refieren a importantes acontecimientos políticos, juegan un limitado papel indicativo o simbólico y a cada uno de ellos le corresponde una desigual significación en el desarrollo histórico.

También debe advertirse que en las etapas contemporáneas se hace más difícil dibujar con precisión las grandes líneas del proceso histórico, lo que explica que en los tiempos más recientes los periodos sean más cortos y mayor el peso de los acontecimientos de tipo político, hasta que la necesaria distancia temporal, junto a los avances de futuras investigaciones, permitan nuevas definiciones.

Una periodización de esta naturaleza, también plantea otros problemas. La enorme diversidad de situaciones y el desarrollo desigual de los países latinoamericanos, obliga a un análisis comparativo que pase por encima de muchos acontecimientos de valor local y otras particularidades, para intentar seguir el curso de los elementos esenciales del proceso histórico desde una perspectiva global. Sin duda a facilitar esta tarea contribuye la íntima vinculación de los pueblos de este continente, no sólo cimentada en nexos culturales o de cercanía geográfica, sino en una larga y atribulada historia común. Nacida de un mismo pasado de explotación colonial, la identidad latinoamericana se forjó a lo largo de varios siglos de lucha contra la opresión extranjera. Por eso la valoración de este permanente conflicto es otro elemento indispensable a la hora de fijar las etapas y definir los procesos en la historia de América Latina.

Sobre la base de esa dimensión continental ha sido elaborada la siguiente disección de la historia de una región que, tras diversas y sucesivas denominaciones a lo largo de varios siglos, terminó por conocerse como América Latina. En un primer momento el territorio equivocadamente encontrado por Cristóbal Colón en su travesía al Occidente careció de su propio apelativo, pues el gran almirante murió convencido de que había llegado a la antesala del tan ansiado oriente. Cuando los castellanos se dieron cuenta del error, lo bautizaron como Indias Occidentales, nombre que caería en desuso hacia el siglo XVIII ante el más sonoro de América. Esta palabra había sido sugerida en 1507 por un cosmógrafo alemán en honor de Americo Vespuccio, a quien por otra equivocación le atribuyó el hallazgo del nuevo territorio. En definitiva América acabó por prevalecer como denominación del también llamado Nuevo Mundo, cuya existencia como Continente independiente sólo pudo ser comprobada fehacientemente en 1741 cuando Vitus Bering recorrió el estrecho que lleva su apellido.

También en el siglo XVIII se popularizó el empleo de América del sur, América meridional, América española e Hispanoamérica -o Iberoamérica cuando se incluía a Brasil- para distinguir a las colonias de Madrid de las inglesas, que darían lugar a los actuales Estados Unidos y Canadá. Inconforme con muchos de estos términos, que tendían a perpetuar los vínculos con la metrópoli, Francisco Miranda, enfrascado entonces en los prolegómenos de la lucha independentista, ideó el de Colombia para señalar a la totalidad de las posesiones de España en este hemisferio, tradición que seguirían Simón Bolívar y otros próceres hasta la creación en 1819 de una república con ese nombre, fruto de la unión de Nueva Granada y Venezuela. Tras la desintegración de ese gran estado en 1830, el apelativo de Colombia fue propuesto por otras personalidades para referirse a todo el vasto territorio al sur de Estados Unidos, como hicieron el panameño Justo Arosemena, el granadino José María Samper y el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, aunque luego tuvo que ser abandonado al adoptarse en 1861 como título oficial de una república americana.

Casi simultáneamente los franceses lanzaban el término América Latina, asociado a las aventuras expansionistas sobre este hemisferio del Imperio de Napoleón III y que pretendía fundamentar una especie de panlatinismo. A pesar de que esta denominación nació con aquella impronta colonialista -la intervención

francesa a México de 1861 a 1867-, el uso de América Latina resurgió con gran fuerza a fines del siglo XIX y principios del XX aunque ahora con una definida connotación antinorteamericana, cuando algunos pensadores de este Continente, encabezados por José Enrique Rodó, esgrimían el legado de la tradición latina (Ariel) para contraponerlo al brutal expansionismo anglosajón (Calibán). América Latina, nombre que incluso fuera utilizado en varias ocasiones por el propio José Martí - quien prefería el más entrañable de "nuestra América" -, sirve hoy para designar a los países ubicados del río Bravo a la Patagonia, incluyendo al Caribe de lengua inglesa y holandesa, Brasil, las antiguas colonias francesas y los grandes conglomerados indígenas (territorios a los que sin éxito Haya de la Torre pretendió catalogar como Indoamérica), y es el que por tanto utilizamos en este texto

La publicación de este trabajo ha sido posible gracias a la sugerencia y el estímulo de nuestro entrañable amigo Feliciano J. García Aguirre, así como al interés del colega Mtro. Leopoldo Alafita, y sus compañeros Joaquín González Martínez, Celia del Palacio Montiel y Ramón Ramírez Melgarejo.

Sergio Guerra Vilaboy
Universidad de La Habana

Etapas y procesos en la historia de América Latina

1. La época indígena

Esta época histórica se extiende desde la llegada del hombre a América, lo que se supone ocurrió hace al menos 50 mil años, hasta el inicio de la invasión europea. En ese extenso lapso se produjo el poblamiento del Continente, en un proceso que duró milenios, generó un verdadero mosaico de culturas y pueblos indígenas diferenciados entre sí, con distintos niveles de desarrollo socio-económico.

1. Poblamiento del continente (+50 mil - 1500 a. n. e.)

Está comprobado que el hombre no es originario de América, pues existe una imposibilidad filogenética basada en que los monos americanos forman una rama muy alejada de los antropoides, lo que descarta que pudieran surgir elementos humanoides por una vía evolutiva. Aunque existen muchas teorías sobre el origen del hombre americano, todas las evidencias parecen indicar que llegó ya conformado como *homo sapiens* procedente de Asia, en varias oleadas remotas, aunque relativamente tardías comparado con las poblaciones existentes entonces en el resto de la tierra. La primera migración ocurrió hace más de 50 mil años y se produjo por el estrecho de Bering, de apenas 90 kilómetros de extensión, favorecido por las condiciones creadas para su paso al parecer durante el subestadio glacial altoniense (70 mil-28 mil). Eran hombres del paleolítico, nómadas, que vivían en cavernas y se dedicaban a la recolección, la caza y la pesca. Se extendieron por el Continente de Norte a Sur, hasta llegar, en un lento desplazamiento efectuado a lo largo de milenios, al extremo austral. A favor de esta hipótesis se levantan los hallazgos más antiguos encontrados hasta el presente en cada región americana: los de Alaska y Canadá tienen una antigüedad de más de 30 mil años; en California de hace 27 mil; en México de unos 22 mil; en Venezuela de 14 mil; en Perú de hasta 18 mil; 11 mil para Chile y 9 mil en Patagonia.

En opinión de los antropólogos físicos, América fue poblada inicialmente por hombres de origen mongoloide -llegados primero por un corredor en el estrecho de Bering y después por las islas Aleutanas- aunque a través de posteriores migraciones entraron también elementos australoides y melanesoides procedentes del Pacífico. Estos ya eran navegantes y probablemente se encontraban en los estadios mesolítico y sobre todo neolítico, pues conocían la agricultura (maíz, yuca) eran sedentarios y sabían trabajar la cerámica. A partir de estas oleadas, que arribaron en diferentes momentos históricos (entre 7 mil y 2 mil años) de diversos orígenes étnico, geográfico y nivel de vida, se produjo el desarrollo desigual de los pueblos aborígenes en un proceso que compete decenas de siglos de duración. Así se conformó una población autóctona mediante un crecimiento vegetativo bien diferenciado, resultado de combinaciones propicias o adversas del clima, suelos vegetales ricos o pobres con mayor o menor conocimiento de la agricultura. Se ha comprobado la existencia de 133 familias lingüísticas independientes en América, que comprenden cientos de idiomas y dialectos.

2. Desarrollo de las civilizaciones indígenas (1500 a. n. e. - 1492)

Los habitantes de la América anteriores al descubrimiento del Continente por los europeos, se encontraban en muy diversos estadios de desarrollo. A lo largo y ancho del llamado Nuevo Mundo vivían infinidad de grupos aborígenes (ges, atapascos, esquimales, algonquinos, sioux, charrúas, tehuelches, onas, etc.) que aún se hallaban en los primeros escalones de la evolución social, mientras otros, como los chibchas, tupi-guaraníes, arauacos, iroqueses, mayas, incas o aztecas, entre otros, habían logrado alcanzar nuevas etapas en su desarrollo socio-económico a partir del momento en que iniciaron el cultivo de la tierra. Esto, que se calcula ocurrió hace unos 1500 años, permitió el surgimiento en ciertas zonas de Mésoamérica -al parecer a partir de la cultura olmeca, considerada una especie de civilización madre- y el área andina de sociedades de clase y deslumbrantes centros de civilización. Aquí la estructura social se caracterizó por la existencia de comunidades aldeanas organizadas en torno a la propiedad común del suelo, el trabajo colectivo (ayllú, calpulli) y sometidas a una clase dominante de guerreros y sacerdotes. Ello fue precedido, en los años 700 a 1000, en estas zonas de civilización más desarrolladas de la América precolombina, por una serie de crisis intestinas que pusieron fin al llamado periodo clásico y propiciaron el florecimiento de nuevas culturas, entre ellas la maya-tolteca, la azteca y la inca.¹

II. El régimen feudal colonial

El descubrimiento, conquista y colonización de América fue un fenómeno de los albores del capitalismo y estuvo propulsado por los intereses de la naciente burguesía comercial de España y Portugal, volcada sobre los pueblos indígenas precolombinos. La explotación de los yacimientos de oro y plata en el Nuevo Mundo representó uno de los factores fundamentales en la acumulación originaria del capital y en el extraordinario crecimiento de las fuerzas productivas, contribuyendo -en aquellas regiones donde las condiciones internas estaban

¹ La reconstrucción del pasado de los pueblos precolombinos es una tarea extremadamente difícil por la falta de fuentes históricas puesto que, descontadas las civilizaciones más avanzadas del área mesoamericana, el resto desconocía la escritura. De ahí que buena parte del conocimiento de esas culturas haya sido proporcionado por la arqueología. No obstante, han llegado hasta nosotros valiosos testimonios de algunos de estos pueblos indígenas (*Popol Vuh*, *Chilam Ealam*, *Anales de los Cakchiqueles*, *Crónicas de Yaxkukul* y varios códices) que junto a elementos míticos y fantásticos aportan rica información histórica. A ellos hay que sumar las obras escritas después de la conquista por autores indígenas y mestizos. Para las culturas mexicanas la *Crónica Mexicana* de Tezozómoc, la *Relación de Texcoco* de Pomar, la *Historia chichimeca* de Ixtlixóchtli y los *Anales de Chimalpaín*; para las de los Andes, las relaciones de Yupanqui y Pachacuti, la *Nueva Crónica* de Huamán Poma de Ayala y los conocidos *Comentarios Reales* de Inca Garcilaso, además de las confeccionadas por los propios españoles, particularmente los primeros historiadores religiosos, que en muchos casos se valieron de testimonios orales, como los proporcionados en Perú por los quipucamayos: Toribio de Motolinia y su *Historia de los indios*, Juan de Torquemada con su *Monarquía Indiana* (1615), Diego de Landa y su *Relación de las cosas de Yucatán*, Diego Durán con *Historia de las Indias*, Bernabe Cobo con *Historia del Nuevo Mundo* (1653), Sarmiento de Gamboa con *Historia General* y fray Bernardino de Sahagún y su clásica *Historia de las cosas de la Nueva España*. La *Historia antigua de México* del jesuita criollo Francisco Javier Clavijero, aunque del siglo XVIII, supera a las anteriores y fue la primera en establecer rigurosamente la cronología indígena.

maduras- al triunfo definitivo de las relaciones de tipo burgués. Pero el capitalismo no pudo imprimir su carácter a la dominación ibérica de nuestro Continente, lo que dio lugar aquí a un orden social heterogéneo basado en lo fundamental en la esclavitud y la servidumbre.

La sociedad iberoamericana, salvo en algunas áreas periféricas, se desarrolló en la época colonial sobre la base de formas precapitalistas de producción. Sus dos primeras expresiones fueron la encomienda, que en casi todas partes se transformó en una institución proveedora de rentas, para luego languidecer, y la mita, sistema conservado de la América precolombina que obligaba a las comunidades indígenas a entregar una cuota de trabajadores forzados, nominalmente asalariados, para satisfacer sobre todo los requerimientos de la minería colonial. Desde el siglo XVII el peonaje, la economía de plantación y las zonas con esclavitud africana, fueron junto a la hacienda señorial, el principal basamento de un orden que algunos han denominado feudal-colonial. Con este concepto se pretende definir los cinco sectores básicos de las formas de producción colonial que coexistieron en las colonias hispano-portuguesas: economía natural campesina y comunal; producción mercantil simple; esclavitud patriarcal y de plantación; producción agraria feudal o semifeudal en forma de latifundios y los núcleos embrionarios de actividades productivas capitalistas.

1. Inicios de la invasión europea: conquista y colonización (1492 - 1580)

Aunque el capital comercial desempeñó un papel importante en los inicios de la expansión ultramarina de España y Portugal, ello no le imprimió un carácter capitalista a la colonización, ni condujo a la creación de una red de factorías comerciales -excepto durante un breve periodo en Brasil: ciclo del palo braza; tampoco al establecimiento de colonias de campesinos libres, como más tarde sucedería en la Nueva Inglaterra. De ahí que la irrupción de los españoles y en parte también de los portugueses, al continente americano, se quedara en los límites de un movimiento expansivo del feudalismo tardío, cuya dinámica socioeconómica estuvo en gran medida determinada por los intereses de la Corona y de la pequeña nobleza, principales protagonistas de la conquista y la colonización. Este proceso se tradujo en el exterminio de una parte de la población autóctona, la lenta asimilación de otra y la supervivencia de dispersos grupos marginales. Mientras que un extendido mestizaje contribuía a la homogeneización étnica, la creciente diferenciación clasista y el sistema de castas reforzaban la heterogeneidad social.

Cabe señalar que en la formación de la sociedad iberoamericana influyeron dos elementos externos: el tránsito del feudalismo al capitalismo en Europa y la inclusión de América como zona dependiente del mercado mundial en estructuración. Ese complejo proceso fue precedido por la creación de dos Estados en la península ibérica fuertemente centralizados, en los cuales los intereses de la endeble burguesía y de los grandes propietarios señoriales estaban subordinados a los de la monarquía absoluta. Pese a la semejanza del sistema socioeconómico existente en España y Portugal -feudal, aunque con ciertos rasgos de un capitalismo embrionario- la colonización emprendida por ambas potencias en el hemisferio occidental se distinguió entre sí desde sus comienzos.

El proceso de conquista y colonización de América por España y Portugal, desarrollado

en lo esencial de 1492 a 1580, puede ser subdividido en tres fases: 1492-1519, 1519-1535 y 1535-1580.

a) Las primeras exploraciones geográficas (1492 - 1519)

Durante estos años se realizaron los llamados primeros grandes viajes de descubrimiento europeos a partir de la travesía de Cristóbal Colón.² En esta fase se creó una base firme en las Antillas -La Española desde 1493, Puerto Rico (1508), Jamaica (1509) y Cuba (1508-1511) - para las futuras incursiones en el Continente, aunque el denominador común de estas primeras travesías fue la búsqueda de un paso para llegar, por una vía más rápida y barata que la tradicional al Oriente y sus productos (especies, drogas, materias tintóreas, metales preciosos, etc.). Los primeros pequeños establecimientos fundados en la masa continental se crearon en la costa de Coro en Venezuela y en Darién (Panamá) a partir de 1509. Vasco Núñez de Balboa cruzó tres años después el istmo de Panamá y llegó al Océano Pacífico, que denominó Mar del Sur; ningún estrecho o comunicación entre el Atlántico y el Pacífico pudo ser hallado en estos años. Se firmó el Tratado de Tordesillas (1494) que implicó el primer reparto del mundo entre España y Portugal. La fase se cierra con el hallazgo por Fernando de Magallanes del estrecho que lleva su nombre, que permite el esperado paso al Oriente, aunque este hecho ocurrió cuando ya los españoles se habían topado con las deslumbrantes culturas de Mesoamérica, que hizo atractiva la conquista del Continente y desestimó la travesía al Oriente.

b) La conquista de Mesoamérica y el área andina (1519 - 1535)

Esta fase se distingue porque en ella se llevan adelante las famosas expediciones de conquista que culminaron con el sometimiento de las grandes culturas indígenas, en particular la azteca, maya e inca. La conquista por Hernán Cortés de la Confederación azteca, entre 1519 y 1522, y del Imperio incaico por Francisco Pizarro, de 1532 a 1533, fueron los dos grandes momentos de la conquista. A ellos siguieron en esta fase la ocupación española del México central y buena parte del meridional, el Norte de Centroamérica (1524) y el área andina (1539), así como el sometimiento de los mayas de Yucatán (1527-1546).³ Los tesoros encontrados en

² Sobre estos viajes pioneros de exploración por el Nuevo Mundo apenas existen testimonios históricos, pues no se conservaron derroteros ni diarios, salvo los propios de Colón, -gracias a las versiones recogidas por su hijo Hernando y Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*, dado que los originales se perdieron-, algunas cartas de Amerigo Vespuccio y el relato de la primera vuelta al mundo elaborado por Antonio Pigafetta. De ahí que las informaciones de esas primeras travesías provengan de los testimonios y datos recogidos por los cronistas españoles contemporáneos, entre los que sobresalen Pedro Mártir de Anglería (*Décadas del Orbe Novo*, 1530), Gonzalo Fernández de Oviedo (*Historia General y Natural de las Indias*, 1535) y Antonio de Herrera (*Las Décadas*, 1601).

³ Existen numerosos textos y relatos de los propios conquistadores referidos a la ocupación de Mesoamérica y el área andina. Para la primera se destacan las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés y Pedro de Alvarado y la conocida *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Para el caso de Perú son comparables a esos testimonios los de Hernando Pizarro, Cristóbal de Mena, Francisco de Xerez, Manuel de Estete, Pedro Sancho de Hoz y Diego de Trujillo. A

México y Perú, junto a poblaciones mucho más avanzadas que las existentes en las Antillas, inauguraron la denominada época próspera de la conquista. Al toparse con estas grandes civilizaciones, los europeos se sintieron cautivados por el oro y la perfección de las construcciones en piedra. La búsqueda de metales preciosos se convirtió, a partir de la conquista de México, en el motor impulsor de la colonización española, así como de la estructuración de sus nuevos dominios en las Indias. El traslado de metales preciosos hacia España y de allí al resto de Europa, proveniente de las grandes culturas conquistadas en Mesoamérica fue continuado por la explotación de minas existentes en el área andina.

Después de los llamados viajes de descubrimiento (1492-1519), Castilla encontró en México y Perú la base de explotación del Nuevo Mundo. El oro y la plata, asociados a una numerosa población y al eficaz control de la Corona garantizaron la prolongada compulsión que sufrieron los pueblos procolombinos.

c) Dominio de los territorios marginales (1536 - 1580)

Las operaciones de conquista de España posteriores a 1535, se dirigieron en lo fundamental a asegurarse la posesión de los territorios que le pertenecían en el Nuevo Mundo según lo estipulado por el Tratado de Tordesillas, lo mismo que haría Portugal desde 1549 con la región que llevaría el nombre de Brasil. En el caso de Hispanoamérica la iniciativa colonizadora procedió muchas veces de los propios centros ya conquistados. A esta fase corresponde la ocupación española de toda el área norandina y como colofón el encuentro de tres expediciones en Bogotá; el completo dominio de la meseta altoperuana y el establecimiento en el Chile central, a contrapelo de la tenaz resistencia araucana encabezada por Lautaro y Caupolicán. La segunda fundación de Buenos Aires (1580) -la primera en 1536 había sido un fracaso, como también ocurrió en La Florida hasta 1565-, por un puñado de conquistadores mestizos procedentes del interior (Asunción del Paraguay), que buscaban una ruta de comunicación con Europa, señala aproximadamente el fin de esta fase. A ella también corresponde la implantación del poderío real en toda su extensión, prácticamente después que Carlos V liquidara los privilegios de los ensoberbecidos encomenderos (Leyes Nuevas de 1542). La derrota de los conquistadores por los funcionarios de la Corona no fue un proceso fácil y en algunos territorios, como el Perú, produjo encarnizados enfrentamientos armados que los cronistas denominaron las "guerras civiles". Es también la fase en que ocurrió el aplastamiento de la resistencia indígena, simbolizado con la ejecución en el Cusco (1572) del primer Túpac Amaru.⁴

ellas hay que sumar las crónicas de Juan Ginés de Sepúlveda y Francisco López de Gómara -ambas referidas a México-, así como las ya citadas de Fernández de Oviedo y Antonio de Herrera, junto a la *Historia Natural y Moral de las Indias* de Joseph de Acosta y la *Crónica del Perú* (1552) de Pedro Cieza de León.

⁴ Existen gran cantidad de interesantes relatos sobre la exploración y conquista de los llamados territorios marginales, entre los que pueden mencionarse los *Naufragios* (1542) de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, la *Relación* y el *Compendio historial* de Gonzalo Jiménez de Quesada, las *Cartas* de Pedro de Valdivia, el poema épico *La Araucana* de Alonso de Ercilla, el *Viaje al Río de la Plata* de Ulrico Schmiedel y la *Historia Indiana* de Nicolás Federman. Además muchas de las crónicas citadas

2. Auge y decadencia del régimen colonial hispano-portugués (1580 - 1700)

Se corresponde con la etapa floreciente del Imperio Español de Ultramar, que tuvo sus zonas medulares en el Virreinato de Nueva España (México), cuyo Virrey fundador fue Antonio de Mendoza en 1535. En el Perú desde 1543, Blasco Núñez de Vela como primer Virrey con jurisdicción sobre toda la América del Sur. En estos territorios el establecimiento de sistemas de explotación precapitalistas (mita, servidumbre, peonaje, esclavitud) estuvo motivado por la existencia de fabulosos yacimientos de minerales preciosos, para lo que fue necesario expoliar a la población autóctona y aprovechar buena parte de su organización social. De esta manera, grandes y ricas minas de plata fueron descubiertas en El Potosí (Virreinato del Perú) y Zacatecas (México) entre 1545 y 1546. Veinte años después todos los yacimientos importantes de la meseta mexicana y los Andes centrales estaban ya en explotación.

A pesar de los despojos e inhumanos sistemas de explotación implantados por los europeos, como repartimientos, encomiendas, mandamientos, muchas comunidades indígenas lograron preservarse, conservando sus tradiciones y culturas. Así se mantuvo la sociedad aborígen al lado de la española, más tarde también la criolla y la ladina o mestiza, constituyendo una gran reserva de fuerza de trabajo y de tierras, para una economía colonial fundamentada en la despiadada explotación del indio.

En el caso de México y Perú, centros claves de las posesiones españolas en esta etapa, el régimen económico y social fue desde el comienzo de la conquista diferente al de otras áreas, entonces marginales -por ejemplo las Antillas, el Río de la Plata, Venezuela y ciertas zonas de Centroamérica- donde, entre otros factores, el bajo nivel de desarrollo de las poblaciones autóctonas dificultaba la súbita imposición de un modo de producción superior. Por eso México y Perú no sólo fueron los ejes políticos y económicos del imperio colonial español durante los siglos XVI y XVII, sino también los más firmes baluartes de ese orden feudal-colonial en cuya cúspide se situaba, al lado de los funcionarios y comerciantes monopolistas peninsulares, una rancia aristocracia de propietarios de minas y terratenientes señoriales, vinculados a mayorazgos y al clero. A ello hay que agregar un sistema jurídico tributario precapitalista y un estratificado conjunto de privilegios y relaciones serviles y de castas que completan el cuadro de la sociedad colonial de los siglos XVI y XVII.

El aislamiento y el relativamente bajo intercambio mercantil de estos siglos coloniales, controlado por el sistema de flotas y el monopolio comercial, limitó la economía de exportación básicamente a la minería, que fue la actividad fundamental. No obstante, en el caso del Virreinato de Nueva España junto a la minería, la agricultura y sobre todo la ganadería se constituyeron también en importantes renglones de la economía colonial, mientras que en Perú estas últimas actividades productivas sólo tuvieron una significación secundaria.

A pesar del auge colonial basado en el oro y sobre todo de plata -la exportación de metales preciosos fue después de 1530 fundamentalmente de este mineral-, ya a finales del

en las notas anteriores, también ofrecen información sobre los acontecimientos de esta fase, así como los textos de Juan de Castellanos y Juan Rodríguez Freile para Nueva Granada, Diego Gomes Cameiro para Brasil, fray Pedro de Aguado para Venezuela y el jesuita Nicolás de Tencho para el Paraguay.

siglo XVI comenzaron a observarse los primeros síntomas de la decadencia española: insurrección en los Países Bajos (1581), fracaso de la política española en el Mediterráneo, la derrota de la Armada Invencible (1588) y el florecimiento de las incursiones de corsarios y piratas, a la que estuvo asociado el surgimiento cada vez más exitoso de la competencia de sus rivales europeos, empeñados en romper su monopolio colonial y anular la ventaja inicial conquistada por la monarquía peninsular. A ello contribuyó la incapacidad de España de aprovechar los inagotables recursos de las Indias para su desarrollo económico, generando una agricultura estancada, una economía paralizada y el enorme fardo de un aparato burocrático parasitario.

En el siglo XVII esta tendencia a la decadencia del Imperio colonial hispano se agudizó, en correspondencia con el estado de descomposición interna de la propia España, lo que coincidió con el recrudecimiento de la expansión de otros estados europeos en América y la época dorada de la piratería. Entre 1655 y 1671, por ejemplo, los establecimientos españoles en las Indias Occidentales sufrieron decenas de ataques, el más importante de los cuales fue la ocupación de Panamá por Henry Morgan. Paralelamente, la aparición de ingleses, franceses y holandeses en el Continente americano hizo pasar a manos de los enemigos de España numerosas islas y territorios del Caribe, lugares que servirían de base a un creciente tráfico ilegal (el contrabando), con la consiguiente quiebra del monopolio comercial español.⁵

La hegemonía prácticamente absoluta de España en la región del Caribe durante casi todo el siglo XVI, fue seguida por el aumento de la presencia de sus rivales europeos. La irrupción de Holanda, Francia e Inglaterra en los territorios que la Bula Papal (1493) había entregado a España y Portugal, fue facilitada por la ostensible decadencia del imperio de los Habsburgo. Así, junto a la piratería y el contrabando comenzó el arrebato a España de muchas de sus posesiones en el Caribe. Las Antillas menores, consideradas hasta entonces por los conquistadores hispanos como unas islas inútiles, se convirtieron en el siglo XVII en refugio de piratas y corsarios holandeses, franceses e ingleses. Después Inglaterra se apoderó de la isla San Cristóbal (1624), Barbados (1625), Nevis, las Leeward, las Virginias y las Bahamas (1628-1646) y finalmente Jamaica. Las más importantes colonias holandesas se establecieron en Tobago (1632), Curazao (1634), San Eustaquio (1635) y San Martín (1641). Los franceses, por su parte, se apoderaron de Martinica, Guadalupe y Dominica (1635) así como Granada y Santa Cruz (1650), junto a la parte occidental de la isla La Española. A ello hay que sumar algunos otros territorios ocupados por estas potencias en las Guyanas, además del establecimiento de los ingleses en dos áreas de Centroamérica (Belice y la Costa de los Mosquitos). La política mercantilista de Inglaterra, Francia y Holanda, que en cierta forma también hizo Portugal en el Nordeste brasileño, impuso desde los primeros tiempos a estas colonias un desarrollo más acelerado de las plantaciones del que tendría lugar en la parte española. La posesión de estos territorios por las restantes potencias europeas se convalidó por

⁵ Para las actividades de las potencias rivales de España en las postrimerías del siglo XVI y sobre todo el XVII conviene revisar, en primer lugar, los libros de viajeros europeos como Girolamo Benzoni, Thomas Gage, Alex Olivier Exquemelin, Cesar de Rochefort y Jean Baptiste Labat. La situación de Hispanoamérica en esta etapa puede seguirse en los relatos de primera mano de los cronistas españoles ya citados, así como también en la *Crónica del Maestro Cervantes*, la *Recordación Florida* del criollo guatemalteco Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán y la *Crónica moralizadora del Orden de San Agustín en el Perú* (1638) de Fray Antonio de la Calancha.

la Paz de Ryswick en 1697.

Por su parte, la evolución de la colonia lusitana en América fue también diferente a la de Hispanoamérica, a pesar de que ambos reinos ibéricos estuvieron unidos entre 1580 y 1640. Tras el efímero ciclo de las maderas tintóreas -que dibujó en el mapa sudamericano al primer Brasil como una estrecha franja costera cubierta de esporádicas factorías franco-portuguesas-, surgió, antes que en otras partes del Continente, la gran plantación esclavista azucarera del Nordeste, en lo fundamental gracias a la brutal explotación de la fuerza de trabajo africana, que dio lugar a una economía agrícola de exportación constituida por centros aislados unos de otros y vinculados únicamente con el mercado exterior. En este segundo Brasil era visible el predominio de los acaudalados hacendados y dueños de ingenio que dependían muy poco de la monarquía lusitana. El fin de esta etapa colonial estuvo ligado a la expulsión de los holandeses de Pernambuco (1654) y terminó a finales del siglo XVII con una profunda crisis económica sin paralelo en Hispanoamérica.

3. La última etapa colonial: 1700 a 1790

Hasta el siglo XVIII las colonias se caracterizaron por una estructura muy rígida, que sólo en forma limitada permitía el desarrollo del elemento productivo capitalista burgués.

Las reformas borbónicas, en particular las legislaciones comerciales dictadas entre 1778 y 1782, permitieron la disminución del tradicional aislamiento de las posesiones españolas provocado por el viejo sistema de monopolio. Estas medidas no sólo facilitaron el comercio libre con España y entre las propias colonias (1795-1796), sino también con los países llamados neutrales. La relativa apertura propició mayores vínculos de las Indias con el mercado europeo y norteamericano, lo que incentivó la actividad económica en su conjunto. La minería se reanimó en el Virreinato de Nueva España, la producción de plata pasó de 5 millones de pesos (1762) a 27 millones (1804) y cobró un nuevo impulso la actividad colonizadora, iniciando una pujante expansión productiva en áreas hasta entonces marginales del Imperio colonial español: las Antillas, Venezuela y el Río de la Plata.

Detrás del notable ascenso del comercio de exportación registrado en diversas partes de América Latina durante el siglo XVIII, se encontraba el crecimiento de la productividad industrial del norte de Europa que exigía materias primas y productos agropecuarios. Además, la población europea aumentó considerablemente en el siglo XVIII, lo que representó un enorme estímulo para la agricultura, el comercio y la manufactura. El tráfico mercantil internacional creció como nunca antes, incorporando áreas como América Latina que hasta entonces sólo habían estado involucradas marginalmente en el mercado europeo.

El fomento de plantaciones en el Caribe estaba favorecido por las ventajas de su ubicación geográfica, paso obligado de las principales rutas mercantiles, del comercio triangular y muy cerca de las fuentes africanas de trabajo esclavo. Esos elementos impulsaron la expansión de cultivos tropicales en las Antillas (tabaco, café y azúcar), así como en el litoral venezolano (cacao).

Del mismo modo que sucedió en las islas caribeñas, en regiones costeras, en llanuras

cercanas y en áreas bien comunicadas por ríos se propició el crecimiento económico. Ese fue el caso del litoral norteño de Perú, los valles próximos a las tierras bajas al Sur de la ciudad de México, la costa de El Salvador y de manera más significativa la pampa argentina.

El Río de la Plata protagonizó el acontecimiento comercial más notable de toda Hispanoamérica en estos años, debido al despegue espectacular de las exportaciones de cueros destinados a abastecer no sólo las fábricas europeas de calzado, sino sobre todo los requerimientos de las partes móviles de las máquinas de la primera fase de la revolución industrial. Una evolución similar, pero a menor escala, se observó también en las regiones ganaderas septentrionales de Nueva España.

En consecuencia, durante las últimas tres décadas del siglo XVIII se produjo un considerable incremento de la producción agropecuaria latinoamericana, cuyo valor no tardó en sobrepasar al de la minería. Por ejemplo, el comercio de Cuba que en 1770 requería apenas 5 ó 6 barcos, necesitaba 200 en 1778. La exportación de cueros de Buenos Aires pasó de 150 mil unidades anuales a 800 mil. Las ventas de café y cacao brasileño se septuplicaron entre 1798 y 1807, favorecidas por la neutralidad de Portugal en los conflictos europeos. En 1740, 222 barcos anclaron en el puerto de Veracruz, mientras que en 1790 lo hicieron 1500. Para toda Hispanoamérica el valor total del comercio con España aumentó un 700% entre 1778 y 1788. Simultáneamente se registraba un extraordinario crecimiento demográfico -cerca del 50%- , que revirtió la tendencia negativa prevaleciente desde la conquista.

Todas estas transformaciones tuvieron, en consecuencia, sensibles modificaciones en la composición clasista de la sociedad colonial, dominada hasta entonces por el exclusivo círculo europeo de funcionarios, comerciantes monopolistas y grandes propietarios, el alto clero y los terratenientes señoriales criollos, de economía natural y vinculados a mayorazgos. Ahora se desarrollaron grupos sociales emergentes -mucho más ligados que los anteriores al comercio exterior y al capital... en determinadas regiones litorales, ciudades y puertos como La Habana, Caracas, Cap Francois, Río de Janeiro, Veracruz, Guayaquil y Buenos Aires, que denotaban la presencia de ciertos elementos protoburgueses. A la vez se conformó una más diversificada estructura agraria asociada a las particularidades regionales. De esta forma, en las áreas ganaderas del Río de la Plata, de tardía colonización, la vieja economía autosuficiente de haciendas enfeudadas que dominó el panorama latinoamericano en los dos primeros siglos coloniales carecía de importancia -apenas existían mayorazgos-, situación bien diferente a las zonas más pobladas de Mesoamérica o la parte andina. Una evolución similar a las regiones ganaderas se produjo allí donde despuntaba la economía de plantación y, en menor medida, en el norte de México y los llanos venezolanos.

El caso de Brasil en el siglo XVIII se caracterizó por el traslado de su zona nuclear del nordeste al centro sur, en virtud del descubrimiento por los *bandeirantes* de fabulosos yacimientos de oro y diamantes en Minas Gerais, que generó en derredor toda una serie de actividades económicas colaterales. Este *boom* trajo consigo la expansión del poder metropolitano, en detrimento de la tradicional autonomía administrativa y la relativa libertad comercial de que hasta entonces disfrutaban los brasileños. Esa fue, precisamente, la tarea del Marqués de Pombal, representante portugués de un "despotismo ilustrado" muy distinto en cuanto a resultados de su contrapartida hispánica.

La consolidación social de un sector criollo compuesto por plantadores y estancieros no vinculados a mayorazgos, en proceso de aburguesamiento, junto a un dinámico grupo de comerciantes no monopolistas y de una incipiente pequeña burguesía y capas medias - artesanos, intelectuales, pequeños empresarios, etc.- introdujo un componente progresista en los conflictos de clase de la última etapa colonial, aún cuando no estuviera en condiciones de imprimir un sello netamente burgués a las relaciones de producción y al curso ulterior de las transformaciones socio-económicas. Por eso el aumento de las peticiones en favor de una mayor liberalización comercial, para conseguir acceso directo al mercado ultramarino fuera del dominio de los intermediarios metropolitanos. La prosperidad de la mayoría de estos grupos y clases protocapitalistas dependía del contacto, directo o indirecto, con la creciente riqueza industrial y comercial de Europa y en especial de Inglaterra, que cada vez consumía más materias primas y necesitaba colocar cantidades crecientes de manufactura. En España el propio Conde de Campomanes se quejaba de que por cada dos mil toneladas de comercio legal se realizaban, sólo en el Virreinato del Perú, trece mil toneladas de contrabando. Los ingleses desde las Malvinas, Colonia de Sacramento y Jamaica, y en menor medida los holandeses desde Curazao y Paramaribo, controlaban por vía de intérlopes una parte sustancial del comercio colonial hispanoamericano vulnerando el monopolio español. Además, esta situación se complicó entre 1796 y 1808 como resultado de la casi completa dislocación del comercio marítimo americano, prácticamente suprimido por el eficaz bloqueo inglés contra España y Francia, agudizado desde la derrota española en la batalla naval de Trafalgar (1805).

También los criollos exigían la eliminación o disminución de los más gravosos impuestos tradicionales (alcabalas, avería, almojarifazgo, armada, diezmo y otros) que adulteraban los precios de exportación de los productos autóctonos, haciéndolos poco competitivos en los mercados internacionales.

La agudización de las contradicciones metrópoli-colonia, básicamente en la esfera de la circulación mercantil, explica el peso de las reivindicaciones antimonopólicas en los principales movimientos precursores de las postrimerías del siglo XVIII o en importantes textos de la intelectualidad criolla como el discurso contestatario de José Baquijano en la Universidad de San Marcos de Lima, la *Representación de los Hacendados* de Mariano Moreno, el *Informe del Real Consulado* de Francisco Arango y Parreño y el *Memorial de Agravios* de Camilo Torres.

A esa relación de pliegos de demandas criollos también pueden agregarse, aunque con una diáfana proyección hacia la ruptura del vínculo colonial, la famosa *Carta dirigida a los españoles americanos* del jesuita arequipeño Juan Pablo Viscardo y Guzmán, publicada por primera vez en 1799 por Francisco Miranda, como parte de su campaña proselitista en favor de la emancipación.

El desencuentro entre las metrópolis europeas y las colonias americanas se acentuó como resultado de la formación de una especie de conciencia "nacional" criolla y de una ideología que apuntaba al separatismo, al conjuro de la influencia subversiva de la Ilustración.

Manifestación de este fenómeno fue el creciente interés de la aristocracia y la intelectualidad de este continente por las letras y las ciencias naturales, particularmente el estudio de la flora y la fauna autóctonas, en lo que se destacó el jesuita chileno Juan Ignacio

Molina. En ese contexto aparecieron los primeros periódicos, portadores de nuevas ideas y convicciones americanistas, y las sociedades económicas de amigos del país. Paralelamente cobraba fuerza la búsqueda de raíces propias y el estudio de las culturas precolombinas, tal como hiciera el jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero en su conocida *Historia Antigua de México*, publicada originalmente en Bolonia (1780-1781).⁶

Los elementos sociales emergentes acentuaron las pugnas entre el conjunto de la población americana y, muy en particular, de su cúspide aristocrática, con los funcionarios europeos que dominaban el aparato estatal -en toda la época colonial de cientosetenta virreyes, sólo cuatro fueron criollos- y se beneficiaban en forma exclusiva de su prerrogativas: utilización de rentas fiscales, control del comercio legal y de la asignación de tierras baldías y realengas. A ello también contribuyó la "Real cédula de consolidación para la venta de bienes pertenecientes a obras pías", expedida por la Corona española en diciembre de 1804 para enfrentar la guerra con Inglaterra y que obligó a muchos propietarios a pagar por sus tierras. A los perjudicados por estas y otras disposiciones metropolitanas -entre ellas una más dura política impositiva-, terratenientes y comerciantes no monopolistas, se sumaron sectores de la incipiente pequeña burguesía y las capas medias, deseosas de ascenso social y político. De ahí las aspiraciones criollas al gobierno propio, para terminar con la tradicional política colonial discriminatoria.

Las elementales reivindicaciones de la aristocracia latinoamericana y sobre todo de su ala más aburguesada, se fortalecieron al contacto con la Ilustración europea y ante el ejemplo de la revolución norteamericana, que había logrado armonizar la emancipación política con el mantenimiento de la esclavitud y el *statu quo* social.

En cambio para los criollos radicales, procedentes en su mayoría de la intelectualidad y otros sectores de las capas medias, por lo general no atados a ningún interés económico fundamental, la Revolución Francesa -con sus conquistas: abolición de la esclavitud, eliminación de derechos feudales, repartos agrarios, destrucción del régimen de privilegios, etc.- inspiraba un programa "jacobino" que tendía a la profundización del proceso emancipador y a concitar con sus consignas antifeudales e igualitaristas, el apoyo de las grandes masas oprimidas, integradas por esclavos, peones, campesinos endeudados, indios

⁶ Además de Clavijero, en el siglo XVIII Juan José de Eguíara dio a conocer su *Bibliotheca Mexicana* (1755), José de Oviedo y Baños su *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (1723) y los jesuitas Pedro Lozano y Pierre Francois de Charlevoix textos sobre la historia del Paraguay y la sublevación de los comuneros. A ellas hay que sumar la *Idea de una nueva historia general de la América septentrional* (1746) del jesuita italiano Lorenzo Boturini, la *Historia de la isla y catedral de Cuba* (1760) de Pedro Morell de Santa Cruz y *Llave del Nuevo Mundo* de José Félix de Arrate. Al margen de estos libros se produjo también en el XVIII una abundante producción historiográfica debida a escritores iluministas europeos interesados en la temática americana, entre los que descollan el abate Raynal con *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*, Paw con sus *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*, William Robertson y su *Historia de América* (1777) y Juan Bautista Muñoz con la *Historia del Nuevo Mundo* (1793). Por último entre los libros de viajeros de esta etapa se destacan las *Noticias secretas de América* de los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que recoge las irregularidades encontradas por ellos durante su travesía por el Continente, así como los lúcidos relatos de Alejandro de Humboldt, los informes de las visitas eclesiásticas y otros testimonios como el de Félix de Azara.

mitayos de minas y obrajes, artesanos y elementos plebeyos de las ciudades. De esta manera, al lado del enfrentamiento entre las colonias y sus metrópolis, entre los europeos beneficiarios del monopolio comercial y los criollos partidarios del libre comercio, latía otra contradicción: la que existía entre los detentadores del poder económico en las sociedades latinoamericanas y los productores desheredados. Por esa razón, el estallido del movimiento revolucionario en América Latina no sólo estuvo compulsado por el régimen de opresión política y la explotación económica a que estaban sometidas las colonias americanas por las metrópolis europeas, sino también por la extrema polaridad social y las rígidas reglamentaciones raciales. Junto a la agudización del conflicto metrópoli-colonia, maduraron las condiciones para el levantamiento de una auténtica revolución de masas, derivada de las contradicciones de una sociedad dividida en clases antagónicas y lastrada por un abigarrado sistema de castas y desigualdades sociales.

No obstante, las rebeliones y principales movimientos del siglo XVIII como los vengadores en Cuba (1723), Túpac Amaru (1790), Comuneros del Paraguay (1720), de Corrientes (1732 y 1764) y el Socorro (1781), la guerra de los mascates y de emboabas (1707-1710), etc., tuvieron un carácter eminentemente local y no formaban parte todavía de una crisis general del sistema que abarcara a todo el Continente, aunque sin duda fueron sus primeros síntomas.

III. La transición de régimen feudal-colonial al capitalismo dependiente

La larga y penosa transición del llamado feudalismo colonial al capitalismo dependiente y subdesarrollado demoró más de un siglo. Aún cuando sus años decisivos se extiendan a nivel global de fines del siglo XVIII a las postrimerías del XIX, fue un proceso gradual y oscilante de imposición del capitalismo a través de sucesivas revoluciones, contrarrevoluciones y reformas. Aunque las raíces de las relaciones capitalistas se pierden en la época colonial, puede considerarse que la independencia de la mayoría de las posesiones de España y Portugal en este Continente comenzó a despejar el camino para la plena imposición de las nuevas relaciones de producción. Ello fue el resultado de diferentes momentos cumbres del proceso de imposición del capitalismo en América Latina.

1. La independencia de América Latina (1790 - 1826).

La emancipación de América Latina formó parte del ciclo revolucionario que, a nivel mundial, se inauguró a fines del siglo XVIII, bajo el influjo de las concepciones antifeudales de la burguesía europea. El movimiento independentista que comenzó en 1790 con la revolución de Haití tuvo como antecedente la liberación de las trece colonias inglesas de Norteamérica. El estallido de la gran contienda anticolonialista, extendida hasta 1826, fue facilitado primero por la revolución francesa de 1789 y después por la crisis política generada por la expansión napoleónica sobre España y Portugal. Así, el inicio de las revoluciones burguesas en Europa

puso a la orden del día en América Latina el problema de la independencia.⁷

a) La fase haitiana (1789 - 1804)

Donde con más fuerza se hicieron sentir las agudas contradicciones sociales y étnicas existentes en las colonias europeas de América fue en el área antillana, al estallar en Saint Domingue la primera revolución de masas que triunfó en el hemisferio occidental. Aquí la marcada congruencia entre condición étnica y social desencadenó un conflicto aparentemente racial pero que, en última instancia, tenía su origen en profundas contradicciones de clase. Al margen de los factores internos que la desencadenaron, la Revolución Haitiana estuvo influida de forma muy directa por los acontecimientos que entonces sacudían Europa (revolución francesa). De esta manera en 1790 comenzó la rebelión de los mulatos (Oge, Rigaud) contra el dominio de los plantadores blancos, los *grands blancs*. En 1791 estalló la revolución de los esclavos encabezada por Toussaint Louverture, que devino a principios del XIX, ante los intentos napoleónicos de restablecer el viejo sistema de dominación (1802), en una contienda independentista dirigida por Dessalines, Christophe y Petion que terminó por fundar en 1804 el primer estado independiente de la América Latina.

b) Primera fase de la lucha independentista en Hispanoamérica (1808 - 1816)

En la mayoría de los territorios hispanoamericanos las guerras de independencia se desarrollaron en dos fases: 1808-1815 y 1816-1826. La primera de ellas, iniciada con la formación de juntas de gobierno dominadas por los ricos criollos, se caracterizó, en sentido general, por las rebeliones armadas paralelas, espontáneas y descoordinadas, con tácticas y estrategias particulares y diferentes, que tuvieron por escenarios principales las colonias de México, Venezuela, Nueva Granada, Quito, Río de la Plata y Chile. En muchos de estos lugares el curso de la contienda se vio afectado por una larga indefinición de los objetivos políticos, lo cual llevó a establecer gobiernos autónomos que seguían reconociendo la soberanía de Fernando VII y obviaban cualquier propuesta de transformación social. Las juntas de Cartagena, Buenos Aires, Santiago de Chile y Caracas, por ejemplo, se limitaron a disponer o legalizar, según el caso, la libertad de comercio, para satisfacer los intereses de sus promotores (plantadores y comerciantes criollos), perjudicados con los privilegios mercantiles de los peninsulares y las incapacidades del mercado metropolitano para absorber la producción agropecuaria de sus colonias.

⁷ Entre las principales fuentes para la historia de la lucha independentista figuran los libros de memorias y relatos de campañas militares, cartas y otros documentos elaborados por los propios protagonistas de la epopeya, entre ellos Bolívar. También existen útiles testimonios de comerciantes y viajeros -los hermanos Robertson, por ejemplo- y las primeras obras propiamente históricas elaboradas por algunos de los participantes. Entre estas últimas se encuentran *Bosquejo de nuestra revolución* del dean Gregorio Funes, que inició la leyenda negra antiartiguista; *Vida y memorias del doctor Mariano Aloreño* (1812), escrita por su hermano Manuel; *Historia de la Revolución de Nueva España* (1813) de Fray Servando Teresa de Mier y el *Resumen de la Revolución de Hispanoamérica* (1817) del venezolano Manuel Palacio Fajardo.

En forma simultánea en casi todas las antiguas posesiones españolas de América se vertebró una corriente reformista de carácter autónomo, nutrida también con representantes de las clases privilegiadas. Temerosos de las consecuencias del enfrentamiento armado con la metrópoli, depositaron sus esperanzas de cambios, igualdad de derechos entre criollos y españoles y gobierno propio en la buena voluntad hispana, ilusiones alentadas por la presencia de diputados americanos en las Cortes de Cádiz. El fracaso de las reformas liberales metropolitanas, la reimplantación del absolutismo por Fernando VII (1784-1833), y los éxitos patriotas, terminarían por hacer languidecer esta tendencia criolla.

Para enfrentar la tácita insurrección que significó la formación de juntas en Hispanoamérica se levantaron los realistas indistintamente llamados godos, sarracenos, chapetones, gachupines o conservadores, por lo general españoles: funcionarios, grandes comerciantes, arrendatarios e intermediarios de los monopolios de la Corona y la mayoría del clero que, en virtud del Real Patronato, formaba parte de la burocracia colonial. A través de la Iglesia, y valiéndose del fanatismo religioso o de las tradiciones paternalistas de la Corona, los realistas -a cuyas filas también se integró el sector más conservador de la aristocracia criolla- lograron en muchas ocasiones manipular a capas y clases populares, artesanos, peones, esclavos y sobre todo pueblos indígenas para situarlos contra la independencia.

Durante la fase de 1808 a 1815, en los principales teatros del conflicto bélico, la lucha se vio lastrada por la conducción oligárquica, que pretendía romper la tutela española sin afectar la tradicional estructura socio-económica. La dirección de las capas privilegiadas criollas trajo por consecuencia el predominio de fuerzas de clase, terratenientes y grandes propietarios en general, que ocupaban el lugar de una burguesía prácticamente inexistente. Para este sector aristocrático, puesto a la cabeza de la lucha, la independencia era concebida como una especie de conflicto en dos frentes: "hacia arriba" contra la metrópoli y "hacia abajo" para impedir las reivindicaciones populares y cualquier alteración del *statu quo*. A su vez, para una parte apreciable de las masas populares, la aristocracia criolla aparecía como su explotador inmediato. Eso explica por qué entre 1808 y 1815 la participación del pueblo en la lucha emancipadora fuera limitada en algunas regiones, asumiera una actitud expectante en otras o llegara incluso a ser atraída en forma temporal por las consignas demagógicas de la contrarrevolución realista, como sucedió en Venezuela durante la II República.

El temor a que se desencadenara una incontrolada sublevación popular, en particular de esclavos negros o del campesinado indígena, castró en muchas colonias las potencialidades de liberación y provocó una incondicional fidelidad a la Corona por parte de la élite criolla. Esto último fue lo ocurrido en zonas tan diferentes y alejadas entre sí como Perú y Cuba, donde todavía estaba fresca la conmoción provocada por la rebelión de Túpac Amaru (1780) y la revolución haitiana (1790-1804) respectivamente.

A diferencia de lo sucedido en el resto de Hispanoamérica a fines del siglo XVIII, los terratenientes y comerciantes peruanos fortalecieron sus vínculos con la burocracia peninsular en reacción a las libertades borbónicas y la pérdida de la minería y mercados del Alto Perú, provocada con la creación del Virreinato en el Plata (1776), que los había situado en condiciones desventajosas frente a la competencia de sus antiguos subordinados de Buenos Aires. Así, el comercio de la colonia con España bajó de 5 barcos anuales a 3 y sólo de 500 toneladas cada uno. En Cuba una situación económica bien distinta llevó a resultados

análogos. Los plantadores de la isla disfrutaban de un *boom* económico sin precedentes, que la metrópoli supo canalizar por medio de sostenidas concesiones.

Otro factor a tomar en cuenta para entender la actitud de las clases privilegiadas está relacionado con el mayor o menor grado de polarización social y racial. Allí donde las confrontaciones étnicas y de clase eran muy agudas, la aristocracia criolla mantuvo por más tiempo una posición contraria a la independencia. La profundidad del compromiso de la oligarquía blanca con la lucha anticolonial fue, al parecer, directamente proporcional a su peso en el conjunto de la población: 4% en Guatemala, 8% en Haití, del 13 al 15% en el Bajo y Alto Perú, 21 % en México, 23 % en Brasil, del 22 al 27% en Nueva Granada y 40% en Venezuela y el Río de la Plata.

La pobre participación popular en esta fase de la guerra emancipadora, el exagerado papel atribuido a las ciudades en la estrategia militar, el carácter fragmentario y local de los gobiernos criollos y sus múltiples contradicciones intestinas (centralistas y federalistas, republicanos y monárquicos, radicales y moderados) fueron los elementos principales que llevaron al fracaso, entre 1814 y 1815, a los principales focos de la insurrección. También el marcado antagonismo entre las clases populares y la aristocracia criolla permitió a la contrarrevolución realista encontrar asideros para la restauración del antiguo orden colonial. A ese trágico desenlace contribuyó la llegada de tropas frescas a América, trece expediciones con más de veintiséis mil hombres después del restablecimiento de Fernando VII en el trono español y la anulación de la Constitución entre marzo y mayo de 1814.

Solo el Río de la Plata logró sobrevivir a la reconquista realista de 1814 1815. Gracias a su mayor lejanía de Europa y al imprevisto desvío en altamar de la flota de Morillo hacia Venezuela, originalmente financiada por los comerciantes gaditanos para reabrir Buenos Aires al mercado metropolitano. Otro factor decisivo fue el valladar levantado por las guerrillas populares: en la frontera norte montoneras y las "republiquetas" en el Alto Perú. En favor de los argentinos también operó su condición de región ganadera, que permitió movilizar una temible caballería irregular gaucha, en contraste con las dificultades de los ejércitos patriotas para reclutar hombres en áreas de predominante población indígena o esclava. Algo parecido sucedió en los llanos de Venezuela después de 1816.

A pesar de los límites impuestos a la lucha independentista por las clases dominantes criollas, en algunas colonias estallaron verdaderas revoluciones populares, como sucedió en México con la espontánea guerra campesina desatada desde 1810 por Hidalgo y Morelos. También en el Virreinato del Río de la Plata, particularmente en la Banda Oriental (Artigas), en el Paraguay (doctor Francia), la sierra andina (Pumacahua) y sin un centro definido en el Alto Perú (Azurduy, Warnes, Muñecas, Arenales, etc.), la lucha independentista estuvo acompañada en estos años de una vigorosa participación de masas, estimuladas por los decretos sociales (1810) de la Junta de Mayo de Buenos Aires inspirados por el ala criolla revolucionaria (Mariano Moreno). Todos estos movimientos populares representaron el punto más alto alcanzado por la revolución independentista hispanoamericana y a la vez fueron portadores de una novedosa concepción del estado y la sociedad que durante un tiempo logró sobrepasar y poner en crisis el restringido marco político-institucional y social trazado para la emancipación por la aristocracia criolla. En forma menos definida en el Perú y Alto Perú.

c) Segunda fase de la lucha independentista en Hispanoamérica y Brasil (1816 - 1826)

Durante los años de 1814 y 1815 se cierra la primera fase de la lucha independentista en Hispanoamérica ante los éxitos de las armas realistas, favorecidas con la terminación de las guerras napoleónicas y el restablecimiento de Fernando VII en el trono español. En Chile la "Patria Vieja", carcomida por las contradicciones intestinas de la aristocracia criolla (Carrera versus O'Higgins), sucumbió en Rancagua y obligó a los sobrevivientes a buscar refugio en la vecina provincia de Cuyo a fines de 1814. La II República de Venezuela fundada por Bolívar - en nada diferente en su condición elitista a la Primera creada por Miranda-, se eclipsó a principios de 1815 debido a su incapacidad para obtener una base de masas y detener la ofensiva contrarrevolucionaria de los insumisos llaneros de Boves. En México, 1815 terminó con el triunfo definitivo de los realistas, sostenidos por la propia oligarquía local, sobre la guerra campesino-indígena levantada desde 1810 por Hidalgo y Morelos. La "Patria Boba" neogranadina, debilitada por las luchas entre la aristocracia centralista de Bogotá (Nariño) y la federalista de las provincias (Camilo Torres), agonizaba desde fines de 1815, proceso acelerado por el desembarco en sus costas del ejército español de Morillo. Previamente, en 1812, el movimiento independentista en Quito, conducido por la aristocracia terrateniente serrana (los Montúfar), había colapsado. En el Virreinato del Perú, bastión peninsular, la masiva sublevación mestizo-indígena de 1814 encabezada por Pumacahua concluyó al año siguiente sangrientamente aplastada, para tranquilidad de la oligarquía conservadora peruana. Sólo el Río de la Plata, pese a la anarquía política y las contradicciones internas promovidas por las intenciones hegemónicas de Buenos Aires (Saavedra, Rivadavia, Pueyrredón, Alvear, etc.), resistió al desastre general, gracias a la protección de los montoneros de Salta y las guerrillas populares del Alto Perú. Pero aquí también la situación era desesperada en 1816: el descalabro de las "republicuetas", la irrupción portuguesa contra la revolución oriental de Artigas, las amenazas de invasiones realistas procedentes del Norte y desde la propia metrópoli, junto a la inoportuna derrota patriota de Rondeau en Sipe Sipe, a fines de 1815, pusieron el territorio argentino al borde de la capitulación. Con razón los realistas de Europa y América festejaron ruidosamente el triunfo de Sipe Sipe como el fin de la lucha independentista.

A pesar de la profunda crisis de las fuerzas emancipadoras, la guerra resurgió con todo vigor entre 1816 y 1817, lo que marca el inicio de la segunda fase. A lo largo de este período (1816-1826), por dos vías bien diferentes se alcanzó la liberación de las colonias de España y Portugal, con las únicas excepciones de Cuba y Puerto Rico. En México el movimiento revolucionario retrocedió en sus perspectivas de transformación social hasta desembocar, por métodos casi pacíficos, en una independencia monárquico-conservadora (Iturbide); algo parecido fue lo ocurrido en Centroamérica y Brasil. En cambio, para el resto del Continente, la emancipación sólo fue posible mediante una cruenta lucha armada que culminó exitosamente la dilatada y costosa guerra contra la metrópoli, estableciendo una serie de repúblicas. En estas regiones, al ejército correspondió un papel decisivo en la independencia. Partiendo de sólidas bases logísticas en Venezuela (Los Llanos) y el Río de la Plata (Cuyo), los ejércitos de Bolívar y San Martín, imbuidos de una estrategia de lucha continental -aunque distantes en sus perspectivas político-sociales-, liberaron no sólo sus respectivas patrias, sino también Nueva Granada, Quito, Chile, Perú y el Alto Perú, para imponer en Ayacucho la capitulación definitiva de España, que culminó quince años de guerra.

Bolívar fue el mejor exponente del genio militar y político de la independencia, avalado por sus ideales de integración y brillantes victorias de armas, resumió lo más avanzado del pensamiento revolucionario en la segunda etapa de la lucha de liberación. El ejército bolivariano portador de la iniciativa revolucionaria logró en forma temporal la abolición de la esclavitud y la servidumbre, eliminación de privilegios y gravámenes feudales, repartos agrarios, etc., como única institución realmente organizada en el campo patriota compensó tanto la extrema debilidad del componente burgués de la revolución como la derrota de los representantes más radicales del movimiento popular (Hidalgo y Morelos en México, Moreno y Artigas en el Río de la Plata y en menor medida Carrera y Rodríguez en Chile), aunque algunas de sus medidas sociales tuvieron más un carácter declarativo que práctico. Estos reveses fueron, sin embargo, las premisas que permitieron concretar un virtual bloque de clases anticolonial que en varios lugares -de manera paradigmática en Venezuela- amplió la base social de la lucha independentista tras un programa más acorde con las posibilidades históricas, aunque bajo la hegemonía recompuesta de la aristocracia criolla. A la formación de este amplio frente policlasista también contribuyó el terror contrarrevolucionario desatado por los realistas en las áreas reconquistadas, que afectó sin distinción de clases o raza a los diferentes estratos de la sociedad hispanoamericana, y creó las condiciones para una mayor participación popular y la unidad patriota. En estas nuevas circunstancias, las guerrillas, que gozaban de un auténtico respaldo de masas, devinieron en importante auxiliar de los ejércitos libertadores, aunque castradas de cualquier posibilidad de edificar su propia alternativa de poder, como algunas lo intentaron en la etapa anterior. Ese fue el restringido papel asignado a las "republiquetas" altoperuanas, las montoneras de Güemes y las guerrillas chilenas o peruanas, incapacitadas para superar el estricto control de la aristocracia criolla y radicalizar el programa emancipador.

Pero las atrevidas campañas de Bolívar y San Martín tuvieron otro efecto: atemorizar al ala conservadora de la aristocracia criolla, hasta entonces fiel aliada de España. El sensible cambio en la correlación de fuerzas, que desde principios de la década de 1820 -victorias de Maipú y Boyacá- se inclinaba a favor de los libertadores, compulsó al sector criollo conservador a romper con la metrópoli y aceptar la inevitable independencia. El oportuno giro aristocrático, principalmente en los bastiones realistas de Perú, México y Centroamérica, les permitiría llenar el vacío de poder creado con la retirada de España y la manifiesta incapacidad de los libertadores para sustituir a la Corona en forma efectiva después de conseguida la emancipación. Además, en estas regiones la ruptura con la metrópoli fue precipitada por las peligrosas perspectivas que se abrían para las élites enfeudadas con los triunfos liberales de la península ibérica. Las revoluciones de enero y agosto de 1820 en España y Portugal dividieron las fuerzas colonialistas en liberales y absolutistas y abrieron una profunda crisis política en las metrópolis, que restringió sus capacidades para contrarrestar el movimiento independentista. Incluso el gobierno español llegó a dar instrucciones a los virreyes para negociar la paz y cierta autonomía con los patriotas, a cambio del reconocimiento de su soberanía en América. Ese fue el ambiente que rodeó, entre 1820 y 1821, las entrevistas del General Morillo con Bolívar, del Virrey del Perú con San Martín y del General O'Donoghue con Iturbide.

La difícil coyuntura por la que atravesaba España, durante la segunda fase de la emancipación, explica que de 1816 a 1826 disminuyera notablemente la llegada de nuevas tropas a América, sobre todo después que Riego sublevara en Cádiz (1820) a la ambiciosa

expedición de reconquista que allí se preparaba. La última expedición española de cierta significación fue la despachada a Lima en mayo de 1819, antes que la sublevación de Riego cerrara definitivamente toda posibilidad de enviar nuevos ejércitos en 1823 (tras el restablecimiento del absolutismo de Fernando VII por los "cien mil hijos de San Luis") compuesta de 11 transportes y 1 barco de guerra, que conducían 2 800 hombres y 8 mil fusiles, esa expedición nunca llegó completa a su destino, pues fue interceptada por la marina argentina.

Imposibilitadas España y Portugal de enviar refuerzos a América en los momentos decisivos, dividido el campo realista como consecuencia de las pugnas políticas metropolitanas, conseguido apoyo externo, básicamente inglés, y resueltos los principales problemas internos que lastraban la lucha durante la primera fase, los países latinoamericanos consiguieron uno tras otro la independencia en el lapso de 1821 a 1825.

2. Formación de los Estados Nacionales (1826 - 1885)

La historia de América Latina se desarrolla después de la derrota del colonialismo hispano-portugués y hasta la década del ochenta del siglo XIX en un complejo proceso de formación de la conciencia y el Estado Nacional.⁸ La independencia de las metrópolis europeas en el siglo XIX si bien significó un importante paso de avance histórico al conseguir la emancipación política y dar inicio al ciclo revolucionario dirigido a imponer el capitalismo en América Latina, no fue capaz de modificar las estructuras económicas y sociales coloniales. El triunfo alcanzado con la emancipación no pudo despejar el camino para un desarrollo independiente, frustrado por la acción de las grandes potencias y las clases más reaccionarias. A pesar de los esfuerzos unificadores de Bolívar (Congreso de Panamá, 1826), el antiguo imperio español de ultramar se dividió en varias repúblicas, desvinculadas entre sí, facilitando

⁸ Sin duda alguna a ello contribuyó toda una amplia corriente historiográfica, surgida en la América Latina postindependentista bajo el influjo del romanticismo europeo, que se encargó de exaltar los valores patrios y de propalar el culto a los grandes héroes de la emancipación. Los autores de esta vertiente, por lo general representantes de los intereses de la naciente oligarquía criolla, se dividieron en historiadores liberales y conservadores. Entre los más significativos pueden mencionarse Lorenzo de Zavala con su *Ensayo histórico de las Revoluciones de México* (1831), José María Luis Mora con *México y sus revoluciones* (1836), Carlos María Bustamante y su *Cuadro Histórico de la Revolución de la América Mexicana* (1821) y Lucas Alamán con su *Historia de México* (1851); Alejandro Marure con *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centroamérica* (1837); Thomas Madiou con *Historia de Haití* (1848), Beaubron Ardouin y sus *Estudios sobre la historia de Haití* (1860) y Joseph Saint Remy con sus biografías de Louverture, Petion y Christophe escritas entre 1839 y 1853; el *Resumen de la Historia de Venezuela* (1841) de Rafael María Baralt; José Manuel Restrepo con *Historia de la Gran Colombia* (1827) e *Historia de la Nueva Granada* (1854); Pedro Fermín Ceballos y su *Resumen de la Historia de Ecuador*; Manuel José Cortés con *Ensayo sobre la Historia de Bolivia* (1861); Diego Barros Arana y su *Historia General de Chile*; Francisco Acuña de Figueroa y su *Diario Histórico del Sitio de Montevideo* (1841), poesía épica; el *Manual de Historia Argentina* de Vicente Fidel López y las biografías de Belgrano y San Martín escritas por Bartolomé Mitre. Aún cuando Cuba era todavía colonia de España pueden ser ubicados aquí la obra de Pedro José Guiteras *Historia de la isla de Cuba* (1865) y los trabajos de José Antonio Saco.

con ello un proceso recolonizador que no tardó en convertirlas en simples apéndices de los centros del capitalismo mundial. A diferencia de lo que ocurrió en Hispanoamérica, donde la tendencia unionista de Bolívar y los libertadores fue derrotada, fragmentándose las antiguas colonias españolas en varios estados, el Brasil postindependentista logró preservar su integridad.

Así las fuerzas descentralizadoras impidieron la consolidación de grandes unidades estatales en Hispanoamérica, muestra de lo cual fue el fracaso de la gran Colombia (1830), la Confederación Peruano Boliviana (1839) y la federación del Centro de América (1839-1848), así como la desintegración, entre 1813 y 1828, del antiguo Virreinato del Plata en cuatro estados: Argentina, Bolivia, Uruguay y Paraguay. En este listado también puede incluirse la creación de la República Dominicana tras su separación en 1844 de Haití, que *manu militari* había unificado en 1821 bajo la dirección del Presidente Boyer. En el caso del Brasil el proceso fue inverso como resultado de costosas guerras civiles en las cuales las fuerzas centrípetas se impusieron en 1848 sobre diversos movimientos secesionistas y regionales (los cabanos en Pará, Alagoas y Pernambuco, la República farroupilha de Río Grande do Sul, la revolución praiera y la República bahiana, entre otros), gracias a que la oligarquía brasileña cerró filas en torno a la monarquía para conservar sus privilegios -en particular la esclavitud-, unido a la atracción ejercida por el emergente centro cafetalero del área de Río de Janeiro.

Desde el punto de vista de su contenido clasista, la revolución de independencia tuvo en América Latina un carácter potencialmente capitalista. Al no poderse vertebrar un fuerte componente social burgués, faltó la imprescindible base social para cumplir las tareas históricamente maduras de demoler las relaciones precapitalistas. En esas condiciones, las nuevas naciones latinoamericanas adquirieron una fisonomía semi-feudal, burguesa sólo en embrión. La hipertrofia del factor institucional, la anarquía política y el caudillismo militar fueron ingredientes directamente vinculados a la debilidad de los elementos constitutivos del estado y la nación, esto es, las estructuras clasistas propias de la sociedad burguesa. La etapa de formación de los estados nacionales en América Latina puede ser subdividida en dos fases, de 1826 a 1850 y de 1850 a 1885.

a) Fase de predominio conservador (1826 - 1850)

Tras la emancipación, el ala conservadora de la aristocracia terrateniente criolla, integrada por los grandes hacendados más apegados a las relaciones precapitalistas, aliados con la Iglesia católica, se impuso sobre el sector agrícola relativamente debilitado de los propietarios en proceso de aburguesamiento y de los comerciantes, de ideología liberal, para mantener el atrasado sistema socio-económico que poco se diferenciaba del existente en la colonia. Ello fue una consecuencia del carácter incompleto de la revolución de independencia que llevó al poder a los sectores enfeudados, mientras los elementos auténticamente capitalistas y burgueses quedaron en cierta forma marginados. No sólo se conservó el viejo sistema impositivo, sino también las relaciones feudales y esclavistas y un régimen de propiedad típicamente precapitalista, todo lo cual entorpecía, junto a la inexistencia de un mercado nacional integrado y al aislamiento del exterior, el desarrollo de las actividades económicas y comerciales, obstaculizando la acumulación de capital y el crecimiento de la naciente

burguesía. Exponentes de este tipo de régimen conservador fueron las dictaduras de Juan Manuel de Rosas en el Río de la Plata (1829-1852), Rafael Carrera en Guatemala (1840-1865), Antonio López de Santa Anna en México y José Antonio Paéz en Venezuela, por sólo mencionar los más significativos.

En el curso de este proceso de estabilización conservadora de la sociedad, se fueron desarrollando las fuerzas sociales que potencialmente podían intentar imponer el capitalismo o presionar para realizar reformas de carácter más o menos radical, como hicieron en esta etapa Valentín Gómez Farias en México (1833-1834) y Mariano Gálvez en Guatemala (1831-1838) cuando infructuosamente se propusieron llevar adelante la llamada primera reforma liberal.

Una excepción en el periodo lo constituyó el gobierno dictatorial del doctor Francia en Paraguay (1813-1840), quien expulsó del poder a la aristocracia criolla local, expropió a la Iglesia y los terratenientes, propiciando el desarrollo de una sociedad campesina, dominada por un poderoso estado paternalista. Las medidas proteccionistas del doctor Francia, junto al aislamiento del exterior, propiciaron cierto desarrollo de las artesanías, algo que también se produjo en la década del treinta en algunos países dominados por regímenes conservadores, como ocurrió en Chile con Diego Portales y en México con Lucas Alamán.

La permanente crisis económica y fiscal fue otra de las características de la mayoría de los países latinoamericanos en este periodo -Cuba, el Río de la Plata, Brasil y en menor medida Chile y Venezuela son las principales excepciones-, cuando se completó el proceso de constitución de los dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador. Típicas organizaciones de élite, expresaban las luchas interoligárquicas de las clases dominantes, o sea, el enfrentamiento del clero y los terratenientes señoriales de economía natural a un grupo social emergente: latifundistas no vinculados a mayorazgos, comerciantes, intelectuales, profesionales, pequeños propietarios, que introdujeron un componente modernizador en los conflictos clasistas al hacer suyo un programa de avance capitalista.

De manera indirecta a ello también contribuyó el hecho de que, aprovechando la orfandad de los nuevos estados, bosquejados en lo interno sólo a medias, Inglaterra se fue convirtiendo en acreedora y principal suministradora de bienes manufacturados, teniendo por bases las casas comerciales establecidas desde principios de siglo en los principales puertos de la América Latina. En cambio Estados Unidos no pudo competir con los comerciantes ingleses, por lo que sólo pudo dejar en 1823 una declaración programática de sus aspiraciones de dominio en el Continente: doctrina Monroe; aunque entre 1836 y 1848 terminaron arrebatándole a México la mitad de su territorio y después extendieron sus intereses expansionistas a Nicaragua y otros países centroamericanos (William Walker 1855-1860) y Panamá (Tratado Mallarino-Bidlack de 1848), tras la firma en 1850 de un *modus vivendi* en la zona con Inglaterra (Tratado Clayton-Bulwer).

b) Las reformas liberales (1850-1885)

Una serie de transformaciones de orientación burguesa de corte liberal sacudió a la América Latina a partir de mediados del siglo XIX, ante el empuje del avance capitalista a escala internacional y el tremendo impacto de la oleada revolucionaria europea de 1848. Entre sus

causas se hallaba el significativo retroceso experimentado después de la independencia, que llevó al establecimiento en casi todas partes de un orden conservador encargado de restablecer la esclavitud, el tributo indígena y el régimen de mayorazgos.

Las revoluciones liberales de esta etapa adquirieron características distintas en cada uno de los países latinoamericanos donde se llevaron a cabo, determinadas por las tareas objetivas y el grado de desarrollo de la conciencia burguesa, aunque fue muy frecuente que las transformaciones se realizaran como resultado de reformas "desde arriba". El ascenso de la burguesía y las relaciones capitalistas precedió, acompañó o sucedió al triunfo de las emergentes fuerzas políticas liberales. Estos procesos, iniciados con la revolución de medio siglo en Colombia (1849) y la de Ayutla en México (1854), se desarrollaron en muchas partes de América Latina en diferentes momentos del periodo, aunque sus reformas fueron más significativas donde mayor peso tenía la herencia feudal colonial. Así puede considerarse que, en buena medida, las reformas liberales se desarrollaron en México de 1854 a 1861 con Benito Juárez; de 1849 a 1854 y de 1861 a 1864 en la actual Colombia bajo la dirección de José Hilario López y Tomás Cipriano de Mosquera; en Venezuela a partir de la Guerra Federal (1859), verdadera revolución campesina, y el gobierno de 1870 a 1888 de Antonio Guzmán Blanco; en Centroamérica se generalizó después de la reforma guatemalteca de Justo Rufino Barrios (1871) y cerró con la tardía de José Santos Zelaya en Nicaragua en 1893, casi simultánea a la llevada adelante por Eloy Alfaro en Ecuador (1895).

Pero como ya había sucedido con la independencia, tampoco las reformas liberales pudieron imponer a plenitud la formación capitalista, pues la aguda debilidad socio-económica de la naciente burguesía no le permitió actuar como clase hegemónica de avanzada ni como elemento aglutinador de los intereses nacionales. El lugar que le correspondía al frente de las luchas antifeudales y democráticas fue ocupado por sectores que no pertenecían a la burguesía moderna en sentido estricto, la aristocracia terrateniente, los comerciantes y la intelectualidad, que cumplían con muchas limitaciones la función de una clase inexistente en la articulación del interés nacional general de las fuerzas antifeudales y anticlericales. A esto deben agregarse, las propias limitaciones de la intelectualidad y la pequeña burguesía democrática para actuar de enlace entre el movimiento popular y las fuerzas sociales hegemónicas a escala nacional.

Al no incluir en sus demandas la decisiva cuestión agraria, a la que estaban ligados los principales problemas sociales de América Latina, la izquierda radical se vio incapacitada de vertebrar una alternativa viable democrático-revolucionaria del desarrollo capitalista. Todo ello conspiró contra la estructuración de un amplio bloque revolucionario, lo que sin duda restringió los alcances de las transformaciones liberales de la segunda mitad del siglo XIX.

Por eso en ninguna parte de América Latina las reformas liberales hicieron desaparecer el latifundio, sino que, por el contrario, beneficiaron a los terratenientes laicos a expensas de la gran propiedad eclesiástica, a la vez que los comerciantes se hacían también dueños de tierras -muchas de ellas pertenecientes a los indígenas-, con lo cual se sentaron las bases para la futura integración de una poderosa oligarquía terrateniente burguesa a escala nacional aliada al capital extranjero.

Con sus limitaciones, la reforma liberal puede ser definida como un intento no concluido

de revolución burguesa, al margen de diferencias y particularidades regionales. La aplicación de la legislación liberal en materia agraria y laboral -casi siempre impulsada "desde arriba"- agudizó, en lugar de resolver, el problema de la utilización de la tierra y la explotación del indio.

En general las reformas liberales en América Latina siguieron un curso menos radical que la desarrollada por Benito Juárez en México al devenir, bajo la presión de una intervención extranjera (Imperio de Maximiliano, 1864-1867) en una gesta de liberación nacional; proceso casi paralelo al de la guerra de independencia cubana de 1868 a 1878, iniciada por Carlos Manuel de Céspedes, y la que tuvo lugar en Santo Domingo contra la restauración española (1862-1865). Aunque casi todas tuvieron un definido carácter anticlerical y antifeudal, solo complementaron a medias su papel impulsor de las transformaciones burguesas. Si bien en todas partes se extendieron las relaciones capitalistas, avanzó el proceso de integración nacional, se instauró el derecho burgués frente a los privilegios y fueros del viejo régimen conservador y el monopolio territorial de la Iglesia fue quebrado -allí donde era realmente importante: es el caso de México, Guatemala o Nueva Granada-, no obstante subsistió, e incluso en algún sentido se amplió, la explotación servil de la población aborigen y el predominio de la gran propiedad terrateniente. De todos modos, ello favoreció el ascenso de la burguesía terrateniente y de algunos sectores de las capas medias urbanas e incluso hubo países donde comenzó a despuntar, a contrapelo del capital extranjero, una muy incipiente burguesía nacional (Brasil, Argentina, Chile, México) y aparecieron los primeros núcleos obreros.

Casi paralelamente se produjo el predominio comercial de Inglaterra, favorecido por la política librecambista adoptada por los liberales, con efectos desastrosos para la economía latinoamericana. El desplazamiento de las artesanías por la industria europea fue un proceso largo desde su inicio a fines del siglo XVIII. Alrededor de 1850 la irrupción de las mercancías extranjeras se intensificó, penetrando en profundidad el mercado latinoamericano, favorecidos por sus bajos costos de producción, la modernización de los transportes y la disminución de las tarifas aduaneras.

De esta forma el vertiginoso desarrollo de la revolución industrial en determinados países de Europa Occidental y fundamentalmente en Inglaterra, no sólo tuvo por consecuencia la destrucción de los pequeños productores metropolitanos, sino también aniquiló a los artesanos de los territorios más atrasados al mismo ritmo con que estas áreas se integraban al mercado mundial en formación y se extendían a escala internacional las relaciones capitalistas. Así la industria europea, y en primer lugar la británica, fue controlando el mercado latinoamericano tal como sucedía en casi todas partes al conjuro de la revolución industrial, mientras el capitalismo se imponía como sistema mundial.

En consecuencia miles de talleres artesanales que abastecían el consumo popular fueron aplastados por la desleal competencia de las mercancías importadas de Europa Occidental y de Estados Unidos. En muchos lugares del Continente los artesanos se organizaron en esta etapa para luchar por leyes proteccionistas y contra la indiscriminada importación de los artículos industriales europeos, cuyo punto más alto se registró en Bogotá cuando los artesanos colombianos, vertebrados en sociedades democráticas y aliados a un sector del liberalismo (draconianos) encabezados por el General José María Melo, llegaron a ocupar el poder en la

capital durante seis meses (1854).

IV. El capitalismo dependiente

En América Latina el establecimiento y consolidación de las relaciones capitalistas fue consecuencia del extraordinario crecimiento de la economía latifundaria de exportación, en función de los intereses de la burguesía no manufacturera y de las necesidades de las grandes potencias industriales. Ese proceso estuvo favorecido por la capacidad de la burguesía comercial latinoamericana para aprovechar y conservar en su acumulación formas de producción y explotación precapitalistas. Ello explica la liquidación de las artesanías y su sustitución por las mercancías importadas de los países europeos y Estados Unidos. Estos problemas se relacionan con las limitaciones de las revoluciones burguesas en América Latina y la formación de un capitalismo dependiente. Aquí el desarrollo capitalista siguió el derrotero impuesto por la oligarquía exportadora asociada y subordinada al capital extranjero, por lo cual no se pudo generar un crecimiento industrial sino un capitalismo deforme. Las causas que imposibilitaron un desarrollo capitalista integral y la creación en el siglo XIX de una completa industria nacional no sólo se relacionan con las inmaduras condiciones internas, sino también con la decisiva influencia del factor externo. Nos referimos a la desfavorable coyuntura histórica, pues ya se organizaba una división mundial capitalista del trabajo que conduciría a los países más atrasados a ocupar el lugar de simples exportadores de materias primas y artículos no elaborados, en un injusto orden internacional que aún perdura. Esa relación desigual fue impuesta a fines del siglo pasado mediante la dominación por parte de las potencias imperialistas de los sectores claves de la economía latinoamericana, que cercenó cualquier posibilidad de desarrollo independiente. Con ello la economía de América Latina experimentó un crecimiento notable pero deformado y se hizo más vulnerable a las crisis capitalistas.

I. Inicios de la gran expansión imperialista (1885 - 1929).

Los países latinoamericanos se desenvuelven desde fines del siglo XIX en un contexto histórico mundial caracterizado por la introducción de los núcleos del sistema capitalista metropolitano en su proceso de producción y no sólo como se había hecho hasta entonces, limitado a la esfera de la circulación. Con esa modificación, las potencias industriales, en respuesta a las necesidades de sus monopolios, se convirtieron ya no sólo en exportadores de mercancías, sino también de capitales, dando origen a una agresiva política recolonizadora. Paralelamente cobraba fuerza la lucha de las grandes potencias industriales por la posesión de las fuentes de materias primas, los mercados y por un nuevo reparto del mundo.

Para la América Latina los efectos de ese proceso fueron múltiples. La penetración del capital extranjero impuso a este Continente una estructura socioeconómica dependiente, en un esquema de división internacional del trabajo en el cual se asignó a las naciones latinoamericanas la simple condición de exportadores de materias primas y alimentos e importadores de mercancías elaboradas. Las bases de esta desigual relación fueron creadas mediante el dominio por parte del capital extranjero de la producción, el transporte y la

comercialización de los artículos latinoamericanos, liquidando cualquier posibilidad de desarrollo propio. Así, a unos se les llevó a especializarse en la producción de azúcar, bananos, guano o petróleo, mientras a otros les correspondía el suministro de carnes, cereales, salitre, estaño o café, en correspondencia con la orientación que ya España había impuesto a sus colonias en las postrimerías de su Imperio de ultramar.

El fracaso de los intentos de ciertos sectores del liberalismo por vertebrar una revolución "desde abajo" facilitó el triunfo de una vía oligárquica de transición al capitalismo, basada en un compromiso de clase entre las distintas facciones aristocráticas antes en pugna. La venta de las propiedades eclesiásticas, la división de las comunidades indígenas y el crecimiento sin precedentes de la economía agrario-minera exportadora fueron, entre otros, factores que sirvieron de fundamento para liquidar las viejas pugnas de clase entre liberales y conservadores. Por estos motivos la definitiva imposición del capitalismo en América Latina no produjo una sustancial modificación de la atrasada estructura agraria, sino que, por el contrario, el latifundio se fortaleció, preservándose muchas características de la economía precapitalista. Ese proceso fue favorecido por la capacidad de la burguesía comercial latinoamericana para aprovechar y conservar en su acumulación formas de producción y explotación precapitalistas. El aburguesamiento de los viejos terratenientes o la aparición de un nuevo sector de latifundistas asociados a intereses comerciales reflejaba la gradual transición a un nuevo orden económico y social en América Latina.

La homogenización de los terratenientes, interesados en aplicar sólo de manera parcial las relaciones de tipo burgués, facilitó el ascenso al poder desde fines del siglo XIX de los círculos más reaccionarios del liberalismo. Junto a la consolidación del estado liberal oligárquico se configuró una "nueva" élite en cada país latinoamericano, diferente en cierta forma a la precedente por su vinculación y dependencia mucho más directa con el capital extranjero y por su más completa integración a escala nacional. Así se establecieron dictaduras de corte liberal-positivista al estilo de Porfirio Díaz en México (1876-1911), Guzmán Blanco en Venezuela (1870-1889), Varela y Latorre en Uruguay (1875-1880), Juan Vicente Gómez en Venezuela (1908-1935) y Estrada Cabrera en Guatemala (1898-1920). A ellas puede sumarse, entre otras, la República Velha en Brasil, fundada en 1889, tras la caída del Imperio de Pedro II, por el Ejército y un grupo de políticos positivistas que proponían un tipo de Estado similar en más de un aspecto al implantado por los "científicos" en el México porfirista. La República oligárquico-liberal, despojada de todo vestigio democrático, se conformó así en íntima asociación con el capital extranjero.⁹

⁹A esta etapa correspondió en el campo de la historiografía el apogeo de la primera generación de historiadores positivistas, admiradores de los métodos de la ciencia y del progreso tecnológico alcanzado por Europa Occidental y Estados Unidos y que en varios países de América Latina dieron sustento a dictaduras oligárquico-liberales. Exponentes de ello fueron Justo Sierra y Carlos Pereyra en el México porfirista; Laureano Vallenilla Lanz -creador de la tesis del gendarme necesario para avalar la dictadura de Juan Vicente Gómez-, José Gil Fortoul y Vicente Lecuna en Venezuela; Alcides Arguedas y su libro racista *Pueblo Enfermo* (1909), referido al indio boliviano como factor de atraso, dando así continuidad a las tesis de Civilización y Barbarie del argentino Sarmiento; el chileno José Toribio Medina; Eduardo Acevedo, consagrado a testimoniar el progreso uruguayo con los gobiernos batllistas y Ricardo Levene en Argentina, entre otros.

Al margen de la estructuración de la oligarquía nacional, del vertiginoso crecimiento de las capas medias y la pequeña burguesía, fue en estos años cuando se registró la aparición de los primeros conglomerados apreciables de obreros en América Latina. Ello fue posible gracias a las necesidades de fuerza de trabajo calificada, que produjeron las masivas construcciones de líneas férreas, sistemas de comunicaciones y transportes, silos de cereales, ingenios de azúcar, explotaciones mineras, frigoríficos, instalaciones portuarias y mediante el avance de ciertas industrias como la textil, aunque el ritmo de este proceso, como el del propio capitalismo, fue desigual en los países latinoamericanos. Por esas razones, los sindicatos y primeros partidos obreros surgieron en América Latina donde se desarrollaban con mayor rapidez y profundidad las relaciones de producción capitalistas (Argentina, Chile, México y Uruguay) y en los que las influencias foráneas provenientes de la inmigración se hacían sentir con fuerza. La llegada de cientos de obreros franceses, así como de inmigrantes europeos de diferentes nacionalidades, fundamentalmente al Brasil central y meridional, Argentina y Uruguay, con una elevada conciencia social, ayudó directamente a la difusión de las ideas anarquistas y socialistas en el seno del naciente movimiento obrero latinoamericano. En otros lugares, como en Bolivia, Perú o Colombia, donde la influencia de la inmigración fue menor -sólo en este sentido fue también la situación de México-, la casi totalidad del proletariado se constituyó sobre la base de campesinos e indios expulsados de sus tierras o por artesanos arruinados.

a) Predominio indiscutido del capital británico (1885 - 1898).

Hasta esta época Inglaterra se había conformado con monopolizar el comercio desde afuera, pero desde la segunda mitad del siglo XIX trató de asegurar su posición privilegiada dominando no sólo la comercialización de los productos y el crédito, sino también la producción y el transporte de las materias primas dentro de los países latinoamericanos. Por esa razón desde esa época y hasta la crisis capitalista de 1929 las inversiones extranjeras se caracterizaron, junto con la preponderancia inglesa a nivel continental, por la creación de toda una infraestructura que facilitara la explotación eficaz de las materias primas y su exportación. O sea, comenzó la era de las llamadas inversiones tradicionales o de tipo colonial: ferrocarriles, telégrafos, instalaciones portuarias, teléfonos, frigoríficos, electricidad, etc. Todo con vistas a facilitar la exportación de los productos que requería la moderna industria capitalista europea y norteamericana. Al mismo tiempo se intensificó la actividad minera, desarrollándose nuevas ramas. Con la formación de las grandes urbes latinoamericanas se creó un mercado para ciertos productos que por sus características no podían ser importados, como la electricidad.

Estos cambios tuvieron una gran repercusión en la América Latina. Hasta ese momento los productores nacionales habían tenido una participación importante en la explotación de los recursos naturales, pero en lo sucesivo el capital extranjero se esforzaría por dominar directamente esos recursos, así como las fuentes de materias primas que la industria requería. Como resultado de ello los países latinoamericanos fueron convirtiéndose en una especie de semicolonias de las grandes potencias industriales.

La penetración del capital extranjero estuvo acompañada de la implantación de un esquema de división internacional del trabajo vinculada al mercado mundial que terminó por

especializar a los países latinoamericanos en uno o dos productos de exportación: países exportadores de productos agrícolas de clima templado como Argentina y Uruguay con carnes y cereales; países exportadores de productos agrícolas tropicales como Brasil, Colombia, Ecuador, América Central, Venezuela y el Caribe con azúcar, café, cacao, bananos, tabaco, etc.; países exportadores de productos minerales como México, Chile, Perú y Bolivia con plata, cobre, salitre, estaño y petróleo.

A esta época corresponde también la consolidación del dominio británico en el Continente como resultado de dos sangrientas contiendas fratricidas entre países latinoamericanos, la Guerra de la Triple Alianza de Argentina, Brasil y Uruguay contra Paraguay (1864-1870) y la del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia (1879-1883); así como la derrota del primer gobierno nacionalista que intentó frenar la penetración del capital británico, el de José Manuel Balmaceda en Chile, por el alzamiento oligárquico de 1891.

Los primeros episodios de la rivalidad entre Estados Unidos e Inglaterra en la etapa del capitalismo monopolista tuvieron también lugar en esta etapa. En los años de 1881 a 1882 los intereses de ambas potencias aparecieron enfrentados en la Guerra del Pacífico. En este conflicto Inglaterra apoyó al gobierno chileno, para quedarse con los ricos yacimientos salitreros en disputa con Bolivia y Perú, enfrentamiento que terminó con la derrota de las aspiraciones de Estados Unidos. Casi paralelamente Washington diseñó su proyecto panamericano con el propósito fundamental de contrarrestar la creciente influencia inglesa en el Continente, idea que fructificó en 1889 en lo que sería la 1ª Conferencia de las naciones americanas, pero cuyos resultados quedaron por debajo de las expectativas de sus promotores. Pero el choque más agudo entre las dos potencias fue en 1895, con motivo de los problemas fronterizos entre la Guayana británica y Venezuela, que determinaron el envío por el gobierno de Estados Unidos de la nota Olney, que acusaba a Inglaterra de violar la doctrina Monroe.

b) Comienzos de la expansión imperialista norteamericana (1898 - 1918)

A finales del siglo XIX Estados Unidos, con la guerra contra España de 1898, inició una violenta ofensiva expansionista que combinó los viejos métodos colonialistas con las más modernas formas de penetración del capitalismo. El interés por apoderarse de las últimas colonias españolas en este hemisferio, Cuba y Puerto Rico, no sólo tenía que ver con su valor material -fuente de materias primas y mercados-, sino también con su importancia estratégica como futuras bases de operaciones para la irrupción del capital norteamericano por el resto del Continente. Los siguientes pasos de esa ofensiva estuvieron relacionados a la firma con Inglaterra del Tratado Hay-Pauncefote (1901), que dio luz verde a Estados Unidos para apoderarse de Panamá (1903) y concluir la vía canalera iniciada por los franceses a fines del siglo XIX, así como llevar después adelante una serie de intervenciones militares en el Caribe y Centroamérica bajo el amparo del corolario Roosevelt (1904) a la doctrina Monroe. La primera víctima de su aplicación fue la República Dominicana (1905), a la que seguirían otras intervenciones militares, entre ellas Nicaragua (1909), México (1914 y 1917), Haití (1915) y Santo Domingo (1916). Como parte de esa ofensiva desenfrenada, Estados Unidos logró convertir al Caribe en un verdadero *mare nostrum* norteamericano, mediante una brutal expansión intervencionista (garrote) y los más sutiles mecanismos de dominación económica,

diplomacia del dólar. Esa política agresiva, típica de una potencia imperialista que llegaba tarde al reparto del mundo, terminó por convertir a los países de la región en un rosario de repúblicas bananeras o en simples eslabones de una cadena de virtuales protectorados sometidos al absoluto control del monopolio yanqui.

En vísperas de la primera guerra mundial las inversiones de Estados Unidos en la región de Centroamérica y el Caribe alcanzaban la magnitud de las inglesas. Ambas potencias tenían capitales estimados en poco más de mil millones de dólares cada una, aunque el panorama global del Continente seguía favorable a Inglaterra. Para esa fecha las inversiones extranjeras en América Latina ascendían a unos 8 mil 500 millones de dólares, de los cuales 3 mil 700 correspondían a Inglaterra, 1 700 a Estados Unidos, 1 200 a Francia, 900 a Alemania y el resto a otros países. La penetración alemana era básicamente de carácter comercial y se había intensificado a partir de la década del ochenta, hasta alcanzar el tercer puesto en el comercio exterior del Continente; y sus inversiones, ubicadas en el Cono Sur y ciertas partes de América Central, se dirigían principalmente a plantaciones de café, electricidad y la minería.

El comienzo de la primera guerra mundial trajo aparejado una repentina desarticulación del comercio exterior latinoamericano y una contracción de las exportaciones, las que sólo retomaron su ritmo expansivo después de 1916. El propio conflicto favoreció también un rápido incremento de los precios y ciertas dificultades con los abastecimientos, debido a la orientación bélica de la economía europea y los efectos de la guerra submarina de Alemania. Todo ello determinó una reorientación del comercio exterior de América Latina hacia Estados Unidos y en algunos países un incipiente proceso de industrialización.

c) América Latina entre la primera posguerra y la gran crisis económica (1918 - 1929)

Este es un periodo de nuevos avances de la expansión económica de los Estados Unidos sobre América Latina. La apertura del canal de Panamá en 1914 favoreció la invasión del capital y las manufacturas norteamericanas sobre los países del Pacífico, Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú y Chile. Los capitales norteamericanos iniciaron entonces sus operaciones en gran escala en América del Sur y en unos pocos años (1919-1929) duplicaron sus inversiones de 2 mil millones de dólares a 5 mil. Este descomunal desarrollo de la expansión norteamericana fue casi absoluto en la etapa anterior, sobre todo en América del sur, en estos años se hizo sentir la presencia norteamericana por primera vez, principalmente en el área centroamericana y del Caribe. Los infortunios de Alemania y Francia y el desplazamiento de Inglaterra como eje financiero y comercial del mundo dieron la pauta para la futura hegemonía norteamericana en todo el continente. Estas circunstancias crearon la coyuntura para que Estados Unidos penetrara al cono sur, zona de predominio británico, afectada por las crecientes modalidades parasitarias del capital inglés. Ello estuvo asociado también al fin de la era del ferrocarril, cuando la emergente industria automotriz norteamericana estuvo capacitada para hacerle frente a los viejos sistemas británicos de transportación.

Por otra parte la ocupación militar norteamericana de varios países de Centroamérica y el Caribe alimentó los sentimientos de rebeldía en vastos sectores populares de América Latina. De ahí la espontánea reacción armada de campesinos en Haití (*les cacos* encabezados

por Charlemagne Peralte) y República Dominicana (los gavilleros) e incluso la resistencia a las agresiones directas de Estados Unidos de sectores gubernamentales nacionalistas-liberales como el nicaragüense José Santos Zelaya (1909), el dominicano Federico Henríquez y Carvajal (1916), el venezolano Cipriano Castro (1908) así como Francisco I. Madero y Venustiano Carranza en la extraordinaria revolución mexicana de 1910-1917, representativa del estallido de violentas revueltas campesinas, junto al auge de las luchas obreras y la formación de partidos comunistas bajo el impulso que representó el triunfo de la revolución rusa (1917).¹⁰ Otras expresiones fueron la radicalización de las capas medias (Reformas de Córdoba extendía después por casi toda la América Latina, el tenentismo brasileño, coronado por la legendaria marcha de la Columna Prestes, etc.), así como el auge de movimientos populares antiimperialistas como el de Augusto César Sandino en Nicaragua y la fundación de Ligas Antiimperialistas, junto a la creación en México (1924) de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) por Víctor Raúl Haya de la Torre.

Desde otra perspectiva, el estallido de la primera guerra provocó la desvinculación temporal de algunos países de sus proveedores tradicionales, principalmente aquellos ubicados en la zona de influencia inglesa, y ello impulsó el crecimiento e hizo posible el ascenso de nuevos grupos burgueses decididos a desplazar a la vieja oligarquía exportadora. La tendencia a relevar a los tradicionales grupos de poder por emergentes grupos burgueses o pequeño burgueses, se generalizaría en América Latina después de 1929, sin que por ello la burguesía comercial y terrateniente perdiera en lo fundamental su preeminencia económica. Sus manifestaciones en esta etapa se expresaron en el Uruguay con los regímenes ballistas y sobre todo durante el gobierno de Batlle y Ordoñez de 1911 a 1915; en la Argentina con el predominio del Partido Radical de Hipólito Irigoyen, en particular durante su mandato de 1916 a 1922 y en México como resultado de la primera revolución social del siglo XX. Pero el carácter del proceso de industrialización por "sustitución de importaciones" -que por razones estructurales y coyunturales agota sus posibilidades en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial- no propició abiertos antagonismos entre la naciente burguesía industrial y la oligarquía tradicional. Incluso hubo casos, como México (Carranza, Obregón y Calles) y el Brasil de la República Velha, de temprana asociación entre ambas. En otras ocasiones se trataba de empresarios medios, muchas veces de origen inmigrante, que prosperaban en los intersticios de un mercado dominado por el gran comercio importador, nacional o extranjero.

¹⁰ Desde fines del siglo XIX varios escritores latinoamericanos, encabezados por el cubano José Martí, alertaron sobre los apetitos expansionistas de Estados Unidos, como lo haría a principios del siglo XX el uruguayo José Enrique Rodó. Ello generó toda una vertiente de la historiografía positivista que reivindicó la herencia hispánica frente a las agresiones e imposiciones de Estados Unidos como hiciera el mexicano Carlos Pereyra (*El mito de Monroe* y otras obras) y el cubano Ramiro Guerra (*La expansión territorial de los Estados Unidos*). Incluso en los propios Estados Unidos apareció una serie de autores (Nearing y Freeman, Leland Jenks, Margaret Marsh y Mevin Knight) empeñados en desenmascarar los mecanismos de dominación continental del capital norteamericano sobre América Latina. En ese contexto afloró, desde los años veinte, un inusitado interés por el rescate de los aportes de la cultura popular -negra e india- a la identidad latinoamericana, campo en el cual fueron pioneros Pio Jaramillo con *El indio ecuatoriano* (1922), Gilberto Freyre con *Casa Grande e Senzala* (1923) y el cubano Fernando Ortiz.

2. Crisis del Estado Liberal y hegemonía de Estados Unidos (1929 - 1959)

Los acontecimientos de 1929 marcaron un punto de viraje para la economía y la sociedad latinoamericanas. Sus efectos se dejaron sentir en forma directamente proporcional a las deformaciones sufridas por los distintos países en el proceso de integración a la división internacional del trabajo.

En este período se produjo, bajo los embates de la crisis económica de 1929, el descalabro del tipo de Estado, caracterizado por el *laissez faire*, establecido en los países latinoamericanos con las reformas liberales, a la vez que se producía el desplazamiento definitivo de Inglaterra por Estados Unidos y se acentuaba la dependencia neocolonial de la América Latina. Ello trajo aparejado, tras la conclusión de la segunda guerra mundial, los años del absoluto predominio norteamericano en lo económico, político, militar e institucional, que le permitió crear un verdadero bloque latinoamericano al servicio de sus intereses mundiales de dominación.

a) La década de las revoluciones frustradas (1929 - 1939)

La crisis capitalista de 1929-1933 abre una nueva etapa en la historia de América Latina. Esta hecatombe financiera, industrial y comercial afectó sobre todo a aquellos países de América Latina más estrechamente vinculados al mercado internacional, exportadores y mono-productores. La caída del precio y el volumen de las exportaciones tradicionales, una aguda contracción en la capacidad de importar y la consiguiente bancarrota fiscal, conmovieron los cimientos de un orden socio-económico basado en los privilegios de las oligarquías agro-exportadoras. Estas trataron de retener el poder estatal recrudesciendo la represión y patrocinando una serie de maniobras golpistas destinadas a liquidar experiencias reformistas y la democratización emprendidas por exponentes de la burguesía nacional en algunos países como Argentina y Uruguay, o recomponer en otros con la ayuda del ejército la alianza entre las oligarquías nacionales y el capital extranjero (Perú, Cuba y buena parte de Centroamérica). El colapso del sector externo y el abrupto retroceso en los ingresos del estado golpearon a la clase obrera, el campesinado y las capas medias provocando desempleo masivo, subempleo generalizado, disminución en los salarios de la población económicamente activa.

Al calor de los efectos de la depresión florecieron en América Latina una serie de movimientos nacionalistas, sublevaciones populares, revueltas campesinas y fallidos intentos revolucionarios que estremecieron al Continente de un extremo al otro. Entre esos movimientos se pueden mencionar la sublevación de los trabajadores salvadoreños en 1932 encabezados por Agustín Farabundo Martí; los experimentos socialistas de Chile bajo la égida de Marmaduke Grove, que condujeron a la implantación de la efímera República Socialista; la huelga general obrera que derribó la dictadura de Gerardo Machado en Cuba en 1933; las victorias del movimiento liberador en Nicaragua contra la ocupación norteamericana, que se desarrolló hasta la muerte de Sandino (1934) y la revuelta comunista de la Alianza Nacional Libertadora de Brasil (1935) dirigida por Luis Carlos Prestes.

A este proceso también estuvo asociado el desarrollo de movimientos nacionalistas burgueses, que defendieron o impusieron nuevas políticas orientadas a promover el desarrollo

interno sobre la base de una serie de medidas progresistas, típicas del capitalismo de estado. Para los países latinoamericanos que contaban con índices relativamente altos de urbanización y crecimiento industrial, en los cuales la burguesía nacional era más o menos fuerte -Brasil, Argentina, México, y en menor medida Colombia, Chile y Uruguay- ese proceso comenzó con la crisis capitalista de 1929-1933. Al contrario de lo que sucedió en el resto de América Latina, en donde la depresión económica se trató de resolver mediante la recuperación de los mercados perdidos y con una mayor entrega al capital foráneo, en aquel grupo de países los efectos del *crack* bancario de 1929 se combatieron desatando los mecanismos inflacionarios, levantando tarifas proteccionistas y con una mayor intervención estatal en la infraestructura, la esfera productiva y los gastos sociales. De este modo se acentuó el desarrollo del capitalismo de estado. La política de "crecimiento hacia adentro" y "sustitución de importaciones", puesta en práctica en América Latina por los gobiernos nacionalistas para beneficio de la burguesía industrial, terminó por alterar la tradicional división internacional del trabajo impuesta a finales del siglo XIX por las grandes potencias. Sin embargo, ello no impidió que en la mayoría de esos países los sectores industriales llegaran a un compromiso con la oligarquía agrario-exportadora, para no afectar su principal fuente de recursos en divisas. Sin duda, una excepción lo constituyó el México de Lázaro Cárdenas, entre 1934 y 1940, lo cual explica el carácter revolucionario de su régimen, que llegó a nacionalizar el petróleo e impulsar una reforma agraria radical.

La otra cara de la moneda fue Brasil con *El Estado Novo* (1937) de Getulio Vargas, que siguió al breve ensayo corporativo establecido por la Constitución de 1934, inspirado en el modelo fascista y erigido sobre las cenizas de la insurrección comunista de 1935. Nacionalismo de corte conservador y antidemocrático, totalmente diferente al mexicano, cuyos rasgos autoritarios se fueron atemperando en los años de la segunda guerra mundial. Detrás de ese esquema se ocultaba también una estrategia de desarrollo integral y la búsqueda de la independencia económica y política. La estabilidad del sistema no sólo se fundamentaba en la alianza de la oligarquía exportadora y la burguesía industrial, sino en un nuevo tipo de relaciones con el proletariado, el cual se encuadraba en organizaciones sindicales manejadas por el Estado por medio de líderes corruptos, a cambio de ciertas concesiones derivadas de una legislación social bastante avanzada.

La llamada década de las revoluciones frustradas favoreció, como en Brasil, la eclosión de las más diversas y encontradas tendencias políticas e ideologías, entre ellas las impulsadas por el apogeo del falangismo español y el fascismo alemán.¹¹ Tributarios de la primera fueron aquellas agrupaciones reaccionarias, como la Falange Nacional de Chile (1937) y la Falange Socialista Boliviana (1938), surgidas en el contexto de la guerra civil que estremecía a España y que se nutrieron en muchos casos de los núcleos de emigrados españoles, mientras que las segundas aparecieron asociadas por lo general a los avances de la penetración nazi en América

¹¹ En ese contexto cobró fuerza una corriente historiográfica nacionalista oligárquica, de corte aristocrático e hispanista, surgida a fines del siglo XIX en el Cono Sur. Esta vertiente proponía un nacionalismo elitista de corte hispanizante y católico que en muchas ocasiones llegó a exaltar el pasado colonial hispanoamericano y a dar su aval a gobiernos dictatoriales de derecha. Aquí pueden inscribirse los argentinos Adolfo Saldías, Ernesto Quesada, Carlos Ibarguren, Ernesto Palacio y Manuel Gálvez; los mexicanos Francisco Bulnes y José Vasconcelos; el peruano José de la Riva Agüero y el chileno Francisco A. Encina.

Latina.

Uno de los elementos a tomar en consideración para valorar la influencia de estas corrientes en América Latina es la atracción ejercida en muchos sectores de la sociedad latinoamericana por la revalorización ultranacionalista del fascismo. La defensa y exaltación de los valores nacionales sin duda levantó simpatías en países sometidos históricamente por las grandes potencias, como ocurrió, por ejemplo, en Bolivia, traumatizada por su aplastante derrota en la Guerra del Chaco (1932-1935). Aquí, bajo los gobiernos militares de los coroneles José Toro y Germán Busch, iniciados en 1936, la defensa de los intereses nacionales apareció envuelta en proyectos e ideas de clara matriz fascista, lo que explica las medidas adoptadas por esos regímenes y la fundación del llamado Partido Socialista de Gobierno. Lo mismo puede decirse para algunas otras experiencias militares de ese periodo en América Latina.

Otro aspecto a tener en cuenta es que en el cono sur fue donde mayor desarrollo alcanzaron las agrupaciones de corte fascista, particularmente en Chile y Brasil, debido a la existencia de numerosas colonias de emigrados alemanes. También en esto influyó que los países de esa región estaban alejados de la influencia de los Estados Unidos, lo que favoreció la considerable penetración económica, comercial e ideológica de la Alemania nazi.

Sin duda la mayor amenaza a la preponderancia norteamericana en este continente, en los años que anteceden a la segunda guerra mundial, provino de la expansión del comercio y las inversiones del Reich hitleriano. En 1938 este país ocupaba el segundo lugar en el mercado latinoamericano, sólo detrás de Estados Unidos. En ese año Alemania exportó el 16.9% de todas las mercancías consumidas en América Latina e importó el 17.9% de materias primas y productos agropecuarios de este continente. En algunos países del cono sur este intercambio comercial fue aún mayor, pues Brasil llegó a consumir el 37% de mercancías alemanas y Chile un 26%, mientras Guatemala, donde existía desde principios de siglo una activa colonia de alemanes dedicados a la exportación de café, registró el 32.4%, cifras alcanzadas en gran medida gracias al comercio de trueque (marcos aski). Incluso el capital alemán llegó a controlar todo el transporte aéreo en la América del sur.

Para su actividad conspirativa y propagandística en América Latina los alemanes se apoyaron en grupos declaradamente profascistas como la Unión Nacional Sinarquista de México, el Movimiento Nacional Socialista de Chile o el Partido Integralista de Brasil. Quizás el punto culminante de la actuación de los simpatizantes del nazismo en este continente se alcanzó en 1938, cuando los grupos fascistas intentaron hacerse del poder en Brasil y Chile, países donde estas fuerzas actuaban amparados por los gobiernos derechistas de Getulio Vargas y Arturo Alessandri. Así en Brasil el Partido Integralista de Plinio Salgado, cuyos seguidores incluso usaban camisa verde y un brazal con la letra sigma, que había servido de fuerza de choque al Presidente Vargas en noviembre de 1937 para la instalación del *Estado Novo*, intentaron su propio *putsch* en mayo de 1938 que fue aplastado. En consecuencia el Embajador del Reich en Río de Janeiro fue declarado persona *non grata* y expulsado del país. En el caso de Chile los acontecimientos fueron muy parecidos. Aquí el Partido Nacional Socialista, dirigido por un descendiente de alemanes, Jorge González von Marees, se lanzó con sus adeptos al asalto del gobierno, sin ningún éxito, en septiembre de 1938 y el resultado fue la muerte de 75 jóvenes fascistas masacrados en el Edificio de la Caja del Seguro Obrero.

Frente a la creciente penetración alemana, y para estimular al mismo tiempo las relaciones económicas y comerciales con los países latinoamericanos, deterioradas por los efectos de la crisis de 1929, los Estados Unidos impulsaron una nueva política hacia el continente que denominaron del "buen vecino". Al margen de sus implicaciones diplomáticas y políticas (no intervención), la buena vecindad incluía el establecimiento de un sistema de cuotas, firmas de "tratados de reciprocidad", estímulos a las inversiones del capital norteamericano y la fundación de una entidad crediticia (EXIMBANK), todo lo cual facilitaría, junto a las consecuencias derivadas de la segunda guerra mundial, la imposición de la hegemonía norteamericana.

b) América Latina durante la Segunda Guerra Mundial (1939 - 1944)

Con el estallido de la segunda guerra mundial, en 1939 la región fue escenario de un aparatoso combate naval entre ingleses y alemanes que arrojó el hundimiento del "Graff Spee" en la desembocadura del Río de la Plata, y el consiguiente alineamiento de la mayoría de los países latinoamericanos con los Estados Unidos, la influencia fascista entró en rápida decadencia. Una de las pocas excepciones fue Argentina, donde un grupo de militares de derecha que simpatizaban con la Alemania nazi se hizo del poder en junio de 1943, adoptando una serie de medidas autoritarias y ratificando la neutralidad argentina en el conflicto mundial. En represalia una escuadra de guerra de Estados Unidos bloqueó el puerto de Buenos Aires en enero de 1944, hasta obligar a la Junta Militar a romper con el Eje fascista y convocar a elecciones.

En este periodo la América Latina se comportó como una especie de retaguardia aliada, proporcionando materias primas y alimentos a bajos precios con la promesa de un futuro trato preferencial. Además se aceptó la creación de una hipotética zona de seguridad de 300 millas, dentro de la cual reclamaba que los países beligerantes se abstuvieran de actos de guerra, así como la concesión a los Estados Unidos, mientras durase el conflicto, de numerosas bases militares en el hemisferio.

c) Los cambios democráticos entre 1944 y 1947

Al término de la segunda guerra mundial, la bancarrota del fascismo a nivel internacional estimuló la rebeldía popular en América Latina y provocó la caída sucesiva de aborrecidas dictaduras y regímenes tiránicos avalados con largos años de represión y terror. A través de jornadas revolucionarias y democráticas se puso de manifiesto el significativo crecimiento de las organizaciones de izquierda, de las fuerzas obreras y del movimiento democrático.¹²

¹² A esta altura se había ido abriendo paso lentamente en América Latina una historiografía marxista que había hecho sus primeros pininos en el Cono Sur a principios de siglo con los trabajos de los socialistas Juan B. Justo, Emilio Frugoni y Luis Emilio Recabarren, seguidos por los más sólidos aportes de Gustavo Machado y Salvador de la Plaza en *La verdadera situación de Venezuela* (1925) y sobre todo los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) de José Carlos Mariátegui. Después vendrían las obras pioneras de Caio Prado Junior (*Evolución política del Brasil*,

Entre 1944 y 1947 las masas populares, de un extremo al otro del continente, se levantaron enardecidas por consignas antioligárquicas y antifascistas, en reclamo de una mayor democratización de la sociedad, de elecciones libres, en favor de la plena actividad de partidos y sindicatos, así como por reivindicaciones sociales y nacionales de envergadura y contra la asfixiante dominación de las grandes potencias capitalistas.

La magnitud del movimiento, a pesar de su carácter espontáneo, obligó en muchos lugares a la oligarquía aliada al capital norteamericano a hacer importantes concesiones a los trabajadores y al pueblo en general, restableciendo las libertades democráticas, e implantando una legislación social que a veces excedía sus intereses clasistas.

En varios países los partidos comunistas salieron de la clandestinidad, al mismo tiempo que se constituían sindicatos legales con proyección nacional. Simultáneamente se fortaleció el movimiento obrero a escala continental. El II Congreso de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) -fundada en México en 1938- pudo reunir en Colombia (1944) a centrales sindicales que representaban a buena parte del proletariado de quince naciones latinoamericanas.

El basamento de muchos de estos cambios políticos se encontraba en el relativo auge que experimentaba la economía de América Latina desde la segunda guerra mundial. Incentivada por un inusitado crecimiento de la demanda externa, el sector agropecuario se reanimó -hasta cierto punto también el minero-, luego de la prolongada recesión derivada de la crisis capitalista de 1929-1933. Desde entonces, y hasta el fin de la guerra de Corea, se registró un notable incremento de las exportaciones latinoamericanas de materias primas y productos alimenticios. A la par, se producía un sensible mejoramiento coyuntural en los términos de intercambio, que también contribuyó a propiciar esta ola de "prosperidad", la cual se hizo sentir mediante la relativa elevación del nivel de vida de la población. Incluso algunos países europeos tuvieron que liquidar muchas de sus inversiones para saldar la deuda adquirida con varios países latinoamericanos durante la guerra.

En estas condiciones favorables, la burguesía latinoamericana amplió su acumulación de

1933) y Rafael Ramos Pedrueza (*La lucha de clases a través de la Historia de México*, 1934), así como la *Historia económica de México* (1947) de Miguel Othón de Mendizabal, *Historia de México* (1935) de Alfonso Teja Zabre, *Historia económica y social de México* (1938) de Luis Chávez Orozco, *Alamán, estadista e historiador* (1938) de José C. Valadés, *la Historia social y económica de México* (1947) de Agustín Cue Cánovas, *Miguel Hidalgo, constructor de una patria* (1944) de José Mancisidor; *Guatemala, las líneas de su mano* de Luis Cardoza y Aragón; *Sobre la formación histórica de la nación haitiana* (1954) de Etienne D. Charlier; *Los jacobinos negros* de Caryl L. R. James; *Sobre la estela de Bolívar* (1942) de Gilberto Vieira; *Latifundio* (1937) de Miguel Acosta Saignes, *Ensayo sobre Antonio José de Sucre* (1938) de Juan Oropesa y *Venezuela, esclava y feudal* (1939) de Carlos Irazabal; *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú* (1947) de Rodolfo Martínez de la Torre; *El imperialismo en Ecuador* (1938) de Ricardo Paredes; *Formación histórica de la nación paraguaya* (1953) de Oscar Creydt; *Desarrollo económico social de Chile* (1951) de Julio Cesar Jobet, *La Guerra civil del 91* (1951) de Hernán Ramírez Necochea, junto a los trabajos etnológicos de Alejandro Lipschutz en Chile; *Batlle y el proceso histórico del Uruguay* (1938) de Francisco R. Pintos; *De la colonia a la revolución* (1940) de Rodolfo Puiggrós y *Economía de la sociedad colonial* (1949) de Sergio Bagú, junto a los trabajos iniciadores de los cubanos Sergio Aguirre -desde 1944- y de Raúl Cepero Bonilla *Azúcar y abolición* (1947).

capital, canalizada en los países con un desarrollo económico relativamente mayor (Brasil, México, Argentina y en menor medida Colombia, Chile y Uruguay) y que presentaban en diferentes grados, un proceso de industrialización desde finales del siglo XIX y principios del XX.

Los aires democráticos renovados de la posguerra alcanzaron diferente intensidad de un país a otro. Sus primeros efectos se advirtieron en Centroamérica desde principios de 1944, donde se creó una álgida situación revolucionaria. Las luchas comenzaron en El Salvador en abril, cuando se desató una incontrolada sublevación popular que exigía la renuncia de Maximiliano Hernández Martínez, verdugo de 30 mil campesinos en 1932. En el movimiento participaron los trabajadores, representantes de las capas medias, jóvenes oficiales del ejército y hasta elementos de la propia oligarquía. Una huelga estudiantil, seguida por imponentes manifestaciones callejeras y una paralización total de actividades obligaron al tirano a huir. Los acontecimientos salvadoreños repercutieron en Honduras y Guatemala, gobernadas a su vez por los dictadores Tiburcio Carias y Jorge Ubico.

Si bien el movimiento hondureño no pudo conseguir sus objetivos, a pesar de las impresionantes acciones de las masas populares, en Guatemala, en cambio, estalló una inesperada revolución. La lucha contra la tiranía de Jorge Ubico comenzó a finales de junio de 1944 en la Universidad de San Carlos y, al igual que en los países vecinos, aglutinó a estudiantes, trabajadores, integrantes de las capas medias urbanas y algunos miembros de la propia burguesía. La amplitud y tenacidad de las protestas obligaron al dictador a renunciar tras una exitosa huelga general. Su sustituto, el General Federico Ponce, intentó mantener el ubiquismo sin Ubico, pero a su vez fue derrocado por un levantamiento armado de carácter cívico-militar que llevó al poder a un maestro exiliado de ideas democráticas, Juan José Arévalo, lo cual señaló el comienzo de una verdadera revolución popular que se extendería, profundizando su curso, hasta 1954.

En Ecuador, también las fuerzas progresistas se unieron en un amplio frente policlasista (Alianza Democrática) que reunió a conservadores, liberales, disidentes, socialistas y comunistas, contrario a la política arbitraria y reaccionaria de Carlos Alberto Arroyo del Río, cuyo régimen había adquirido un claro perfil dictatorial. Multitudinarias manifestaciones públicas, seguidas de una huelga nacional y de un levantamiento del ejército en contra del odiado cuerpo de carabineros terminaron por derribarlo. La llamada "revolución gloriosa" llevó a la presidencia a un carismático líder de larga trayectoria política: José María Velasco Ibarra. Gracias a aquellas intensas jornadas los trabajadores ecuatorianos consiguieron importantes reivindicaciones, entre ellas la creación, en julio de 1944, de una confederación obrera unitaria.

En Venezuela, a fines de 1945, un grupo de oficiales jóvenes, en complicidad con la dirigencia de Acción Democrática (AD), que exigía elecciones inmediatas, dio un golpe de estado y derrocó al gobierno del General Medina Angarita, en el poder desde 1914, poniendo fin a casi medio siglo de ininterrumpido caudillismo militar. Aunque Medina Angarita era uno de los herederos políticos del fallecido dictador Juan Vicente Gómez, durante su mandato se había producido cierta liberalización de la vida política: se permitió el regreso de los exiliados, se legalizaron los partidos de oposición -entre ellos el Comunista- y se adoptaron algunas medidas nacionalistas. El nuevo gobierno provisional satisfizo algunas exigencias populares al

democratizar el ejercicio del sufragio y organizar la elección de una Asamblea Constituyente (diciembre de 1946). Aprobada la nueva carta fundamental, una abrumadora mayoría electoral llevó a la presidencia en febrero de 1948 al candidato *adeco*: el novelista Rómulo Gallegos.

Por último en la pequeña República de Haití también se desbordaron incontenibles las masas, ahora contra la dictadura entreguista de Elie Lescot, respaldada por la oligarquía mulata. Desde 1945 la resistencia al régimen venía creciendo, en particular entre los estudiantes. En enero de 1946 una huelga de este sector atrajo el apoyo de las capas medias, sobre todo de origen negro, convirtiéndose en un paro nacional que obligó a Lescot a dimitir. Pese a los obstáculos interpuestos por la Junta que le sucedió en el poder, la democratización se impuso. En los comicios celebrados en agosto de ese año triunfó Dumarsais Estimé, quien se vio obligado a legalizar los partidos Comunista y Socialista Popular, a permitir la organización de sindicatos y a dictar medidas de beneficio social, entre ellas el salario mínimo.

En otros países del continente el proceso de apertura democrática de la posguerra fue menos espectacular, aun cuando también se caracterizó por un notorio ascenso político de las masas y el repliegue de las fuerzas oligárquicas. En Brasil, por ejemplo, la oleada mundial antifascista obligó al presidente Getulio Vargas, quien desde 1937 gobernaba dictatorialmente, a desmontar su represivo *Estado Novo*, de tipo corporativo, y conceder amplias libertades. En febrero de 1945 los presos políticos fueron excarcelados -entre ellos Prestes, convertido en flamante Secretario General del Partido Comunista- y se convocó a elecciones generales. Estas disposiciones no lograron apaciguar la desconfianza del ejército y de la oposición oligárquica, que lo obligaron a dimitir en octubre de ese año. En los comicios fue elegido a la primera magistratura Eurico Gaspar Dutra, junto a una Asamblea Constituyente en la que figuraban 14 diputados comunistas. También en Perú, Argentina y Bolivia se promulgaron reformas democráticas y se celebraron elecciones presidenciales. En la antigua tierra inca, en junio de 1945, el candidato del Frente Democrático Nacional, respaldado por el APRA, José Luis Bustamante venció y se integró un Congreso en el cual había siete parlamentarios comunistas.

Un ambiente de ascenso democrático favoreció la formación de sindicatos y organizaciones estudiantiles independientes. En Argentina, unos comicios irreprochables, realizados en febrero de 1946, confirmaron en el poder al Coronel Juan Domingo Perón, virtual triunfador desde que fuera liberado de la prisión en octubre de 1945 por una gigantesca movilización popular (los "cabecitas negras") que inundó la Plaza de Mayo e hizo abortar los planes de la alta oficialidad reaccionaria, en contubernio con el Embajador yanqui Spruille Braden, dirigidas a sacarlo del escenario político.

A diferencia de lo sucedido en aquel país, en Bolivia este proceso fue mucho más complejo. Se había iniciado en diciembre de 1943, cuando jóvenes oficiales nacionalistas asociados en una logia secreta y apoyados por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), liderado por Victor Paz Estenssoro, dieron un golpe de estado, derrocaron al gobierno oligárquico del General Peñaranda y nombraron Presidente al Mayor Gualberto Villarroel. Realizadas elecciones parlamentarias se constituyó un Congreso (julio de 1944) con predominio del MNR que seleccionó al propio Villarroel como Presidente. En ese contexto se dictaron una serie de leyes progresistas en materia social, muchas de las cuales fueron recogidas en la Constitución de 1945.

Tendencias democráticas semejantes se observaron en países del continente donde las condiciones eran mucho más favorables. Nos referimos a Chile, México, Colombia, Panamá, Uruguay, Costa Rica y Cuba. En México, por ejemplo, el gobierno de Ávila Camacho (1940-1946) para fortalecer su imagen democrática, concedió registro oficial al Partido Comunista.

Incluso, en aquellas naciones donde las dictaduras tradicionales lograron sobrevivir a la ofensiva democrática de la posguerra -Anastasio Somoza en Nicaragua o Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana-, se logró a costa de hacer concesiones a la oposición y tras realizar maniobras liberalizadoras que les permitieron cierto remodelaje de fachada. Esto fue exactamente lo que hizo el dictador paraguayo Higinio Morínigo, en el poder desde 1940. En aquella coyuntura, Morínigo permitió la libre actividad de sus opositores, y en febrero de 1946 formó un gabinete en el que tuvieron cabida figuras de los partidos tradicionales y del Febrerista.

El período democrático abierto al fin de la segunda guerra mundial no duró mucho tiempo, erosionado por un limitado desplazamiento oligárquico y los primeros embates de las consecuencias del enfrentamiento entre las dos grandes superpotencias: Estados Unidos y la Unión Soviética.

d) Apogeo de la guerra fría (1947 - 1959)

A partir de 1947 se desató en América Latina una furiosa oleada antidemocrática promovida directamente desde Estados Unidos y destinada a frenar las ostensibles conquistas populares conseguidas al calor de la victoria sobre el fascismo. Aunque algunos de los primeros atisbos de la guerra fría y de la histeria anticomunista eran visibles a nivel internacional desde antes de 1947, sin duda la señal para la oficialización en este continente de la nueva doctrina diseñada por los círculos más reaccionarios de Estados Unidos provino de la reunión de cancilleres de las repúblicas americanas, efectuada en Río de Janeiro, la cual aprobó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en septiembre de 1947.

Poco después, la Conferencia Panamericana, celebrada en Bogotá en abril de 1948, sirvió para impulsar los planes norteamericanos de conformar un bloque político-militar al servicio de Estados Unidos y definir la línea de "contención del comunismo". En ella participó el propio Secretario de Estado yanqui, General C. Marshall, uno de los artífices de la guerra fría. En esta ocasión se condenó por primera vez de manera explícita al comunismo, en el marco de los esfuerzos norteamericanos para imponer a los países latinoamericanos la doctrina yanqui de las fronteras ideológicas. A partir de entonces, uno tras otro, los gobiernos de América Latina fueron obligados a alinearse en el antisovietismo, a romper sus vínculos comerciales y diplomáticos con la Unión Soviética (URSS) y el naciente campo socialista y a desatar, en el plano interno, una feroz campaña anticomunista que nada tenía que envidiar a la del Senador McCarthy en Estados Unidos. Casi al mismo tiempo se creó (1951), con financiamiento norteamericano, la Organización Regional Interamericana del Trabajo (ORIT); para contraponerla a la CTAL, que pronto se constituyó en instrumento para la persecución de los sindicatos progresistas.

Esa fue precisamente la política que se siguió en México durante el gobierno de Miguel

Alemán (1946-1952), quien en 1947 expulsó de la Central de Trabajadores de México (CTM) a los líderes obreros comunistas y a los seguidores de Vicente Lombardo Toledano, instaurando un sindicalismo oficialista sometido a un férreo control gubernamental ("charrismo"), mientras se acentuaban los rasgos autoritarios del Estado.

Algo semejante sucedió en Cuba durante los gobiernos de Grau San Martín, de 1944 a 1948, y Carlos Prío Socarrás entre 1948 y 1952. Aquí los dirigentes obreros comunistas no sólo fueron desalojados de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), sino que varios de ellos murieron asesinados a manos de los agentes a sueldo de la reacción, como ocurrió con el líder azucarero Jesús Menéndez y el portuario Aracelio Iglesias.

La extensión a Chile de esta rabiosa política anticomunista dio lugar a un sorpresivo viraje del Presidente Gabriel González Videla, del Partido Radical, quien acababa de ganar las elecciones (1946) gracias a su oportuna alianza con el Partido Comunista. En abril de 1947, y para ponerse a tono con las orientaciones de Washington, el mandatario chileno expulsó a los tres ministros comunistas de su gabinete. Unos meses más tarde, en septiembre de 1948, González Videla firmó la llamada "ley de defensa de la democracia" que oficializó la persecución contra los comunistas tras abrogarse "facultades extraordinarias". El Partido Comunista quedó ilegalizado, sometidas las organizaciones sindicales al control policial, anuladas las libertades constitucionales y el derecho de huelga, y rotas las relaciones con la URSS. A la vez, cientos de comunistas y dirigentes obreros fueron conducidos al campo de concentración instalado en Pisagua. La víctima más connotada de la histeria anticomunista en Chile fue el afamado poeta y senador comunista Pablo Neruda, obligado a huir al exterior clandestinamente.

También en Ecuador, como en Cuba, Chile y México, el inicio de la despiadada política anticomunista no requirió derrocar a los gobiernos establecidos. En el país ecuatorial el Presidente Velasco Ibarra se proclamó dictador en marzo de 1946, pretextando su desacuerdo con la Constitución democrática aprobada un año antes, lo que le permitió reprimir a la izquierda y dictar una nueva carta fundamental más a su gusto. La creciente inclinación derechista en Ecuador se agudizó a raíz de la caída de Velasco Ibarra, en agosto de 1947, expulsado por los militares encabezados por el Coronel Carlos Mancheno.

Una evolución parecida a la ecuatoriana tuvo lugar en Haití. En agosto de 1946, a pocos meses de estrenado su gobierno, el Presidente Estimé mostró su cara represiva y antidemocrática persiguiendo a comunistas y socialistas. El golpe de estado de mayo de 1950 perpetrado por el Coronel Paul Magloire acrecentó la política represiva y pronorteamericana del régimen depuesto, y estableció una dictadura militarista que acalló a sangre y fuego la oposición y suspendió el juego democrático.

En varios países latinoamericanos la oligarquía y Estados Unidos aprovecharon la coyuntura para favorecer el acceso al poder de regímenes militares de derecha, como ocurrió en Ecuador y Haití, encargados de llevar adelante el plan de eliminar muchas de las reivindicaciones populares del periodo anterior, sin la resistencia de algunos de los gobiernos democráticos. Por eso, otra de las características de esta oleada derechista residió en que no sólo se proyectó contra el movimiento obrero y comunista, sino que también causó estragos entre los partidos democráticos y reformistas, como Acción Democrática y el APRA. Esto fue

lo que sucedió en 1948, cuando los militares depusieron sucesivamente a los gobiernos de Bustamante Rivero en Perú y Rómulo Gallegos en Venezuela.

En Colombia la derechización siguió su propio derrotero. Las ansias renovadoras de las masas, que se canalizaban en torno a un político popular del Partido Liberal, Jorge Eliecer Gaitán, quedaron trucas con su asesinato el 9 de abril de 1948, en momentos cuando sesionaba en Bogotá la IX Conferencia Panamericana que daría nacimiento a la Organización de Estados Americanos (OEA). La respuesta del pueblo a este crimen brutal, tan airada como anárquica, devino espontánea insurrección urbana (el bogotazo) que puso al gobierno oligárquico al borde del colapso. Pero la falta de dirección del movimiento llevó a la revolución popular en ciernes a un callejón sin salida. Esto facilitó los planes restauradores del Presidente conservador Mariano Ospina, quien finalmente -después de clausurar el Congreso, romper con la URSS y suspender las garantías constitucionales- traspasó el poder (1949) a un correligionario de ideas fascistoides: Laureano Gómez. Bajo un estado de sitio perpetuo se implantó una verdadera dictadura, la cual a través de intimidación, secuestros y asesinatos masivos sirvió para aplastar al liberalismo radical y las organizaciones de izquierda, mientras el gobierno se encaminaba sin escrúpulos a la erección de un Estado corporativo de partido único, calcado del falangismo español.

Como sucedió en Colombia, también en Paraguay y Costa Rica la contraofensiva reaccionaria de finales de los años cuarenta estuvo vinculada a una guerra civil. El dictador Morinigo, para ponerse a tono con la guerra fría, protagonizó en enero de 1947 una especie de autogolpe de Estado: eliminó a los representantes del Partido Febrerista de su gabinete, implantó el estado de sitio y lanzó una violenta represión contra sus opositores, encubriéndola con los ropajes de un burdo anticomunismo. Esto no evitó que una parte del ejército paraguayo, en complicidad con los febreristas y otras fuerzas (comunistas y liberales), se sublevara en el mes de marzo, lo cual dio inicio a una cruenta guerra civil que terminó cinco meses después con la victoria gubernamental.

A diferencia del Paraguay, la guerra civil de Costa Rica estuvo motivada por causas bien diferentes. En esta pequeña república centroamericana, de bases democráticas más sólidas, los gobiernos liberales de Calderón Guardia, de 1940 a 1944, y Teodoro Picado, de 1944 a 1948, habían promulgado una avanzada legislación social con el entusiasta respaldo de los comunistas de la Vanguardia Popular, partido que poseía una activa representación parlamentaria. Pero en marzo de 1948 estalló un levantamiento armado promovido por los opositores al Gobierno, que rechazaban la anulación de las recientes elecciones presidenciales que los favorecía, movimiento que concluyó en abril con el triunfo de los partidarios del líder reformista José Figueres. Esto trajo consigo la ruptura de relaciones con la URSS, la ilegalización de Vanguardia Popular y de la Confederación de Trabajadores, situación que se prolongó hasta 1974 y ocasionó que muchos de sus dirigentes debieran pasar a la clandestinidad o salir del país.

Hacia los años de 1952 y 1953 se inició una nueva y profunda crisis de la economía latinoamericana. La estabilización de los mercados internacionales hizo caer los precios de las materias primas, junto a un sensible deterioro en los términos de intercambio, proceso que vino aparejado con la ruina de muchas empresas nacionales, desgastadas por la desigual competencia de los grandes consorcios foráneos, y el cada vez mayor sangramiento de

recursos hacia los países industrializados. Por otro lado, el ligero crecimiento económico registrado en América Latina después de la Segunda Guerra Mundial, se había realizado en lo fundamental sobre la base de una agricultura extensiva tradicional, por lo que no representó un salto cualitativo en el desarrollo de las fuerzas productivas. Esta adversa coyuntura afectó sensiblemente los salarios y en general las condiciones de vida de los trabajadores, no sólo en forma relativa sino absoluta, situación agravada por el hambre de superganancias de los monopolios trasnacionales y los esfuerzos de las clases dominantes por transferir a los sectores populares los efectos del agudo deterioro económico. De esta manera, la desocupación, el hambre y la miseria se hicieron aún más visibles en la inmensa mayoría de los países latinoamericanos.

En estas circunstancias también entró en crisis el proyecto de industrialización que se llevaba adelante en varias naciones de América Latina, al agotarse las posibilidades del proceso de "sustitución de importaciones" por las limitaciones del mercado interno y la falta de capitales para continuar adelante con las gigantescas inversiones que requería la industria pesada. El desarrollo del sector 1 era imprescindible para disminuir la dependencia externa y reducir las importaciones de medios de producción. A la significativa reducción del ingreso en divisas, debido a la caída de los precios de las exportaciones latinoamericanas que permitían la adquisición de las maquinarias e insumos que requería la industria nacional, había que añadir la continuada descapitalización originada por la constante remesa de utilidades de las empresas extranjeras a sus casas matrices.

En esas condiciones, la única alternativa para mantener la expansión industrial en un momento de acelerada concentración monopolista de la economía, dependía de la capacidad de la burguesía de América Latina para asociarse al capital foráneo, para lo cual era necesario abandonar la política nacionalista que auspiciaban regímenes populistas como el de Vargas y Perón. Esta solución condujo a una nueva modalidad de la penetración del capital foráneo (las "inversiones mixtas"), que permitió dominar "por dentro" la economía latinoamericana e impulsar el proceso de monopolización.

A partir de entonces, los recursos financieros que necesitaba la industria de América Latina procedieron de indiscriminadas emisiones monetarias estatales y de descomunales préstamos extranjeros, que llevarían a una espiral inflacionaria de proporciones incalculables y a la acumulación de una voluminosa e insoportable deuda externa, que unida a la prolongada caída del valor de las exportaciones provocarían crónicos déficits en la balanza de pagos.

Esta fase crítica que se iniciaba para la economía latinoamericana, coincidió con la llegada al Gobierno de Estados Unidos (enero de 1953) de los republicanos, con Eisenhower y Nixon al frente, patrocinadores de una agresiva e intolerante política hacia América Latina, ideada por el Secretario de Estado John Foster Dulles. Fueron los años en que Washington hostilizó descarnadamente al nuevo gobierno de Vargas en Brasil -iniciado en enero de 1951-, de características muy distintas al anterior por su manifiesta vocación democrática y un redoblado nacionalismo, hasta obligar al viejo caudillo a suicidarse en agosto de 1954.

Era también el momento en que el gobierno nacionalista de Perón terminaba derrocado por los militares derechistas argentinos (septiembre de 1955), auspiciados por Estados Unidos y se establecía un verdadero rosario de modernas satrapías como la de Batista en Cuba (marzo

de 1952), Pérez Jiménez en Venezuela (enero de 1953), Rojas Pinillas en Colombia (junio de 1953) y Stroessner en Paraguay (mayo de 1954). A estas deben sumarse las de Odría en Perú, Magloire en Haití, y sobre todo las ya añejas de Trujillo en República Dominicana y Somoza en Nicaragua, purgadas desde 1947 de cualquier apariencia democrática. Todas ellas tenían en común, más allá de alguna que otra diferencia formal, el apoyo abierto de Estados Unidos en correspondencia con su absoluta sumisión a los intereses norteamericanos, así como el empleo permanente de la represión física y la casi total ausencia de derechos democráticos.

Al mismo tiempo, Estados Unidos organizaba una intervención mercenaria contra la revolución guatemalteca que determinó la caída del gobierno popular y democrático de Jacobo Arbenz y su sustitución por la dictadura títere de Castillo Armas, encaramada en el poder en julio de 1954. Ese fue el mismo clima de histeria anticomunista que llevó a la intervención militar británica en Guyana, en octubre de 1953, para deponer al gobierno local de Cheddi Jagan, líder del Partido Popular Progresista (PPP), el cual defendía un programa avanzado que rechazaba el colonialismo y abogaba por la inmediata independencia.

La única nota disonante en el coro servil orquestado por Estados Unidos en América Latina, durante el apogeo de la guerra fría, lo ofreció la revolución boliviana, que irrumpió inesperadamente en abril de 1952. Resultado de una insurrección de masas con amplia base obrera y campesino-indígena. La Revolución de Bolivia era un acontecimiento insólito en aquel prosenio caracterizado por el repliegue de las fuerzas progresistas. Tal insurrección fue capitalizada por el MNR gracias al aval de popularidad heredada de su anterior alianza con el Presidente Villarroel, asesinado y colgado en la Plaza Murillo en junio de 1946. Pese a todo, el proceso boliviano no tardaría en quedar neutralizado en sus perspectivas democrático-populares por el rígido cerco norteamericano y las propias vacilaciones de los grupos pequeño burgueses del MNR que la dirigían.

3. América Latina después del triunfo de la revolución cubana (1959 - 1997)

El sistema de dominación norteamericano, consolidado en la América Latina de principios de los años cincuenta por medio de dictaduras militares y gobiernos entreguistas, comenzó a agrietarse desde fines de esa misma década cuando uno tras otro fueron cayendo, como resultado de amplios movimientos de masas, los regímenes tiránicos en Perú, Haití, Colombia y Venezuela. El punto culminante de esta nueva fase de triunfos democráticos y revolucionarios fue la sensacional victoria de la revolución cubana el primero de enero de 1959, que liquidó la dictadura de Batista y marcó, al mismo tiempo, el inicio de una nueva época histórica en el hemisferio occidental, caracterizada por el avance del movimiento de liberación nacional.

a) Primeros impactos de la revolución cubana (1959 - 1961)

El triunfo de la revolución en Cuba mediante una genuina guerra popular dirigida por el Comandante Fidel Castro, constituyó un viraje decisivo en la historia de América Latina. El profundo alcance social de la Revolución Cubana le permitió sobrepasar, en medio del

permanente acoso norteamericano, las metas antidictatoriales, democráticas y antimperialistas junto a la plena recuperación de la soberanía nacional, para erradicar de raíz la explotación del hombre por el hombre y construir una sociedad más justa. De esta manera la Revolución Cubana transitó radical y brevemente de la etapa democrático-popular, agraria y antimperialista a la socialista (1961), en pleno corazón del continente y a sólo 90 millas de la potencia más poderosa del planeta. En buena medida esto fue posible no sólo por la valentía del pueblo cubano, sino también por el cambio ocurrido en la correlación internacional de fuerzas que, desde la segunda mitad de los años cincuenta, tuvo lugar con el fortalecimiento de la URSS y el campo socialista, el incremento de las luchas anticolonialistas en Asia y África, así como por el aumento de las contradicciones entre los países capitalistas desarrollados.

El incontenible ascenso revolucionario inaugurado por la revolución cubana condujo a un auge sin precedentes del movimiento de liberación en América Latina y el Caribe. La influencia emanada del ejemplo de Cuba, desencadenó una oleada de luchas revolucionarias que recorrió el continente desde el río Bravo a la Patagonia, radicalizando a muchas organizaciones populares y antimperialistas, y cuestionando a las corrientes reformistas burguesas. Fue ese el contexto en que se produjeron fundamentalmente a principios de los años sesenta, desprendimientos en varios partidos de corte reformista e incluso en el seno de ciertas organizaciones de izquierda. Así surgieron nuevos movimientos revolucionarios que protagonizaron muchos de los acontecimientos que entonces sacudieron al continente.¹³

¹³Con estos estímulos cobró fuerza toda una amplia producción de historiadores socialistas y antimperialistas, influenciados de alguna manera por el marxismo, dedicada a reivindicar la tradición nacionalista y revolucionaria de los pueblos latinoamericanos. Entre ellos pueden citarse a los argentinos Juan José Hernández Arregui, León Pomer, Félix Luna, Juan Álvarez, Gregorio Selser y Jorge Abelardo Ramos; los uruguayos Pivel Devoto, Vivian Trias, Eduardo Galeano, Washington Reyes Abadie y Oscar Bruscherá; el mexicano-argentino Adolfo Gilly; el dominicano Juan Bosch, los colombianos Indalecio Liévano Aguirre, Otto Morales Benítez, Arturo Abella y Mauro Torres; el peruano Virgilio Roel; los bolivianos Augusto Céspedes y Sergio Almaraz y los chilenos Julio Alemparte y Luis Vitale. Casi simultáneamente surgió la llamada teoría de la dependencia que, apoyada en las tendencias circulacionistas dentro del marxismo entonces en boga, abrió la discusión multifacética sobre las causales del subdesarrollo e impugnó la sociología basada en el dualismo estructural, el funcionalismo y el desarrollismo, así como al marxismo tradicional. Exponentes de esta vertiente fueron Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Theotonio dos Santos, André Gunder Frank, Vania Bambirra, Helio Jaguaribe, Ruy Mauro Marini, Aníbal Quijano, Rodolfo Stavenhagen, Mario Arruba y otros autores.

La historiografía ecléctica o "nueva historia" que predomina hoy en América Latina debe mucho a la teoría de la dependencia, aun cuando entre sus fuentes también este la *New Economic History* de Estados Unidos, los *Annales* y la renovación sufrida por el marxismo en Europa Occidental, así como la influencia de otras disciplinas de las Ciencias Sociales. Es imposible anotar aquí todos los autores representativos, pero entre ellos destacan Enrique Florescano, Arnaldo Córdova, Pablo González Casanova, Enrique Semo, Severo Martínez Peláez, Jorge Mario García Laguardia, Edelberto Torres Rivas, Ricaurte Soler, Emilio Cordero Michel, Roberto Cassa, Frank Moya Pons, Julio Le Riverend, Manuel Moreno Fraginals, Jorge Ibarra, Loida Figueroa, Manuel Maldonado Denis, Elsa Goveia, Henri Bangou, Federico Brito, Germán Carreras Damas, Dario Jaramillo, Germán Colmenares, Álvaro Tirado Mejía, Agustín Cueva, Enrique Ayala, Jorge Núñez, Manuel Medina Castro, Alfredo Kapsoli, Ernesto Yepes, Pablo Macera, Luis Guillermo Lumbreras, Alberto Flores Galindo, Rolando Mellafe,

En general la década del sesenta inauguró una época de gran efervescencia social y política en América Latina, caracterizada por significativos combates revolucionarios y antimperialistas, poderosas luchas obreras, el despertar de importantes sectores campesinos, la elevación del espíritu combativo de las masas marginales y las amplias movilizaciones estudiantiles. Junto a esto comenzaron a escucharse desesperados llamamientos de círculos burgueses en reclamo de un nuevo trato por parte de Estados Unidos. La Iglesia tampoco estaría ajena a estas convulsiones sociales y en su seno florecieron genuinas corrientes renovadoras que se pronunciaron por la lucha revolucionaria y la alternativa socialista, una de ellas fue la Teología de la Liberación.

Como telón de fondo de este pujante despertar de la conciencia revolucionaria y antimperialista de los pueblos latinoamericanos, se hallaba el continuo agravamiento de la crisis económica, que llevó la situación del continente a un verdadero callejón sin salida. Así, al incesante deterioro de los términos de intercambio y al drenaje de recursos provocado por las constantes remesas de utilidades del capital extranjero, se sumaron los intereses y amortizaciones de una deuda externa siempre creciente, que explican los graves problemas que aquejaron a los países de América Latina desde los años sesenta.

En sentido estrictamente cronológico, esta nueva fase de la historia latinoamericana comenzó a vislumbrarse desde 1956, mediante una sucesión de explosiones de masas que abatieron dictaduras y gobiernos reaccionarios, propiciando un retorno a la democracia en varias naciones. En algunos lugares los trabajadores urbanos aprovecharon la liberación del régimen político para reconstruir sus sindicatos, en una situación análoga a la de 1944. Todos estos fenómenos coincidieron con el fracaso de la guerra fría y de la estrategia dirigida al aislamiento de la URSS y los demás países socialistas, así como la quiebra de la política de chantaje atómico practicada por Estados Unidos.

Momentos señalados de ese proceso de apertura democrática se registraron con la caída de las aborrecidas dictaduras de Odría en Perú (junio de 1956), Magloire en Haití (diciembre de 1956), Rojas Pinilla en Colombia (mayo de 1957) y Pérez Jiménez en Venezuela (enero de 1958), incluido el asesinato de Somoza en 1957, como resultado de motines, protestas populares, conspiraciones militares y huelgas dirigidas por regla general por partidos burgueses tradicionales o movimientos reformistas. También puede incluirse en esta relación el golpe militar que en octubre de 1956 derrocó en Honduras al odiado régimen de Julio Lozano Díaz, virtual dictador del país.

En otras partes hubo cambios que pueden inscribirse en esta misma línea de democratización, pues llevaron consigo el ascenso de gobiernos de orientación liberal-burguesa que restablecieron ciertas garantías ciudadanas, tal como ocurrió en Chile cuando el Presidente Carlos Ibáñez (1952-1958), en más de un sentido influido por el peronismo, derogó la "ley de defensa permanente de la democracia", legalizó al Partido Comunista, permitió la reconstitución de sindicatos e instauró reformas democráticas en el sistema electoral. En Argentina ocurrió el triunfo -en los comicios presidenciales de febrero de 1958- de Arturo Frondizi, gracias a la masiva votación en su favor del proscrito movimiento justicialista. En El

Álvaro Jara, Carlos Rama, Lucía Salas, Gustavo Beyhaut, Tulio Halperin, Juan Oddone, Carlos G. Motta y Darcy Ribeiro.

Salvador este proceso estuvo acelerado por el golpe de Estado de noviembre de 1960 que echó por tierra al odiado régimen de José M. Lemus, instaurado en 1956. Detrás de este movimiento militar actuaba el Frente Nacional de Orientación Cívico, que reunió a varios partidos progresistas y fuerzas de izquierda, asociaciones estudiantiles y sindicatos. Una Junta Democrática, en la que tenían sitio desde elementos burgueses hasta representantes populares, se encargó del poder imponiendo cambios de signo positivo, aunque de muy corta duración.

En México se registraron en 1958 y 1959 las más vigorosas movilizaciones obreras desde la época de Cárdenas. Además, durante el mandato de Adolfo López Mateos, entre 1958 y 1964, el Gobierno asumió una política de no alineamiento, fortaleciendo sus proyecciones de Estado independiente. Una postura similar adoptó Brasil tras la llegada a la presidencia en enero de 1961 de Janio Quadros, quien impulsó una política exterior dinámica y soberana. En septiembre de ese mismo año, Cheddi Jagan, líder del **PPP**, volvió a ganar los comicios en Guyana y otra vez ocupó el gobierno local en la todavía colonia inglesa. Por último, el inesperado asesinato de Trujillo en República Dominicana (mayo de 1961), perpetrado por miembros de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos, que temían una revolución a la cubana si se prolongaba la dictadura, provocó incontenibles protestas populares contra los intentos de continuar con subterfugios el fenecido régimen trujillista. De esta forma, se forzó un proceso paulatino de transición democrática que culminó, tras elecciones generales, con la entrega del poder al líder popular Juan Bosch, en febrero de 1963.

b) Ofensiva norteamericana contra la revolución cubana y su ejemplo (1961 - 1967)

Ante la consolidación del socialismo en Cuba y su creciente impacto continental, Estados Unidos no sólo redobló su hostilidad hacia la isla, sino también desencadenó una feroz ofensiva contrarrevolucionaria dirigida a aplastar el menor indicio de intranquilidad popular. En el terreno diplomático trató de aislar a Cuba de los países del hemisferio mediante su expulsión de la OEA en la conferencia interamericana de Punta del Este (1962), decisión que, salvo México, acataron al pie de la letra la totalidad de los gobiernos del área entre 1961 y 1964.

A la vez, con el propósito de contrarrestar el ejemplo de la revolución cubana y ampliar las bases de su sistema de dominación, Estados Unidos diseñó un programa para el desarrollo económico de América Latina que preveía la ampliación de los préstamos y la "ayuda" norteamericana incluía un conjunto de recetas "desarrollistas". Denominado Alianza para el Progreso, éste fue proclamado con derroche de propaganda en marzo de 1961. En virtud de este proyecto el gobierno de Washington dio su respaldo oficial a varios experimentos reformistas con objetivos claramente contrainsurgentes, como el que se llevó a cabo en Chile durante la presidencia del demócrata cristiano Eduardo Frei de 1964 a 1970.

Hay que advertir, no obstante, que después de la muerte del Presidente John F. Kennedy (1963) el apoyo norteamericano a los planes "desarrollistas" perdió fuerza, pues la estrategia de Estados Unidos se inclinó cada vez más a preferenciar los métodos abiertamente represivos por encima de los reformistas. Prueba fehaciente de este giro en la política norteamericana fueron las declaraciones que en marzo de 1964 formulara el Secretario Adjunto del

Departamento de Estado para Asuntos Latinoamericanos, Thomas C. Mann, quien anunció sin ambages que lo importante era contar con aliados seguros en la lucha contra el comunismo, por lo cual Washington abandonaría todo intento por distinguir entre regímenes dictatoriales y democráticos.

La postura pragmática adoptada desde entonces por Estados Unidos estimuló una nueva oleada reaccionaria en el continente que arrancó muchas de las conquistas alcanzadas por los pueblos latinoamericanos en sus luchas precedentes. Los gobiernos que lograron escapar a los golpes de Estado debieron someterse a la tutela militar y a una sumisión descarada a Estados Unidos. La hegemonía norteamericana y las dictaduras militares entreguistas volvieron a ganar espacio en América Latina.

Por eso, lo más característico de la contraofensiva derechista de los años sesenta, fueron las asonadas militares "preventivas", que transformaron sustancialmente el panorama hemisférico, en consonancia con las medidas adoptadas por los círculos gubernamentales de Washington para defender sus intereses en la región. Ahora las fuerzas armadas latinoamericanas se convirtieron en los más eficaces instrumentos de la dominación yanqui y en verdaderas tropas de ocupación de sus respectivos países. Eslabones de esa cadena de golpes militares fueron los que tuvieron lugar en El Salvador, enero de 1961, y en Ecuador, en 1961 y 1963 -caída primero de Velasco Ibarra y después de su sucesor Carlos Julio Arosemena-, el derrocamiento de Frondizi en la Argentina, marzo de 1962, así como los cuartelazos de Guatemala (marzo de 1962) y Perú (julio de 1962), dirigidos no tanto contra los gobiernos establecidos (Ydigoras Fuentes y Prado), sino más bien para impedir el acceso al poder en las cercanas elecciones presidenciales, de viejos candidatos reformistas que aún disfrutaban de cierta aureola popular: Arévalo y Haya de la Torre. En esta misma secuencia de pronunciamientos militares pueden ubicarse el que derribó, en septiembre de 1963, al gobierno democrático de Juan Bosch en República Dominicana y el que tuvo lugar en Honduras en octubre de ese mismo año. La renuncia del Presidente Quadros de Brasil, en agosto de 1961 y la consiguiente crisis política que se desató para tratar de bloquear la sustitución constitucional -que correspondía al Vice Joao Goulart- estuvo también motivada por la desembozada presión de las fuerzas armadas.

La contraofensiva encaminada a frenar el impetuoso avance de las fuerzas populares y de las luchas revolucionarias, se aceleró desde 1964 en la medida en que se esparcía la rebeldía de los pueblos latinoamericanos y se activaban movimientos guerrilleros de un extremo a otro del Continente bajo la conducción de figuras legendarias de la talla del Comandante Che Guevara, Luis de la Puente Uceda, Turcios Lima, Camilo Torres y otros heroicos combatientes. El fracaso de la Alianza para el Progreso y la plena ebullición del movimiento revolucionario a escala hemisférica, llevaron a Washington a formular lo que se llamó la "doctrina Johnson", complemento de la Mann, que proclamó el supuesto derecho de Estados Unidos a intervenir en cualquier país en donde se considerara amenazados sus intereses. Esta política anacrónica, extrapolada de los tiempos del "gran garrote", se hizo sentir cuando los *marines* yanquis masacraron al pueblo panameño, que reclamaba su soberanía en la zona del canal (enero de 1964), y llevada aún más lejos con la ocupación militar de Santo Domingo, en abril de 1965, para aplastar la insurrección popular encabezada por el Coronel Francisco Caamaño, quien exigía la devolución del gobierno al expresidente Bosch.

El mantenimiento del bloqueo y la intensificación de las incursiones armadas contra Cuba, los golpes militares reaccionarios de Brasil (caída de Goulart en abril de 1964), Bolivia (deposición de Paz Estenssoro en noviembre de 1964), Argentina (derrocamiento de Arturo Illia en junio de 1966), junto a la salida de Cheddi Jagan del gobierno de Guyana (diciembre de 1964) y la anulación de las leyes democráticas en Uruguay por el régimen de Pacheco Areco en diciembre de 1967, fueron sólo episodios de un mismo proceso de derechización.

c) Ascenso de gobiernos nacionalistas y revolucionarios (1968 - 1973)

Lo más sobresaliente del ascenso revolucionario y nacionalista que se abrió a finales de la década del sesenta, fue el triunfo de la Unidad Popular. Este condujo a Salvador Allende a la presidencia de Chile entre 1970 y 1973 con un programa avanzado que incluía una política exterior independiente y profundas transformaciones económicas y sociales de inspiración socialista. El decisivo peso que tuvo en estos acontecimientos la clase obrera chilena y sus organizaciones -entre ellas el Partido Comunista- fue casi coincidente con el proceso mediante el cual el proletariado argentino, después de estremecedoras jornadas de lucha como las del cordobazo (mayo-junio de 1969), asediaba al régimen militar e imponía una apertura democrática.

Lo mismo puede decirse de las luchas que se desarrollaron en Bolivia y Uruguay, pues los aguerridos mineros impusieron una especie de gobierno propio en La Paz, mientras el pueblo oriental vertebraba una impresionante alianza policlasista en la cual los trabajadores de Montevideo tenían un papel central. Especial significación cobró la estructuración en Uruguay (febrero de 1971) del Frente Amplio, encabezado por el General Liber Seregni, que se vislumbró como alternativa potencial de poder aglutinando a comunistas, socialistas, democristianos y otras fuerzas. Así, también la esperanza de cambios que rodearon el regreso del peronismo al gobierno de Argentina, desde mayo de 1973, primero con Héctor Cámpora en la presidencia y desde octubre con el propio General Perón.

Entretanto, militares de ideas progresistas habían ocupado el poder en otros países latinoamericanos. Juan Velasco Alvarado en Perú y Omar Torrijos en Panamá (ambos en 1968). En Bolivia ocurrió algo parecido un año después, tendencia madurada por el General Juan José Torres. Todos ellos aplicaron una política soberana basada en audaces reivindicaciones sociales y antimperialistas: rescate de recursos naturales, como petróleo; doscientas millas de mar territorial, reclamación panameña del canal y una reforma agraria sin precedentes en Perú. Bajo la influencia de estas transformaciones, los generales Rodríguez Lara en Ecuador (febrero 1972 - enero 1976) y López Arellano en Honduras (diciembre 1972 - marzo 1975), llevaron adelante en sus respectivos países morigeradas copias de las valientes medidas progresistas adoptadas por los gobiernos militares de Perú, Panamá y Bolivia. Hay que subrayar que la novedosa e inesperada actitud asumida por estos militares nacionalistas creó una situación extremadamente delicada a Estados Unidos, al cuestionar la ya tradicional fidelidad de los cuerpos armados de América Latina a los dictados de Washington.

Casi paralelamente se registraban apreciables avances de las fuerzas progresistas del Caribe, no sólo al lograr su independencia Jamaica (1962), Trinidad y Tobago (1962), Guyana

(1966), Barbados (1966), Bahamas (1973), Granada (1974) y Surinam (1975), sino también debido al establecimiento por Forbes Burham de la República Cooperativa de Guyana (marzo de 1970), el acceso al poder en Jamaica del líder socialdemócrata Michael Manley en 1971, quienes intentaron rescatar sectores claves de la economía, buscando nuevos mercados y fuentes de financiamiento, y los notables adelantos de la integración económica en el área: surgimiento en 1968 de la Asociación Caribeña de Libre Comercio (CARIFTA), devenida después (1973) Comunidad Económica del Caribe.

Ya para esa fecha el gobierno de Allende había restablecido los vínculos diplomáticos con La Habana (12 de noviembre de 1970), ejemplo que seguirían Perú (julio de 1972), Argentina (mayo de 1973), Panamá (agosto de 1974), Venezuela (diciembre de 1974) y otros países del continente.

En gran medida, gracias a los esfuerzos de estos gobiernos, la III reunión de la Asamblea General de la OEA, celebrada en Washington en abril de 1973, aprobó el "pluralismo ideológico" como uno de los principios de las relaciones interamericanas, lo cual significaba el reconocimiento del derecho de cada nación a guiarse por sus propias concepciones. Poco después, en julio de 1975, en la XVI reunión de consulta en San José de Costa Rica, 16 países del hemisferio consiguieron una resolución referente a la normalización de relaciones con Cuba.

Por su parte, los gobiernos de México -en lo fundamental con el mandato de Luís Echeverría de 1970 a 1976- y Venezuela, asumieron posturas nacionalistas de cierta relevancia, destinadas a fortalecer la independencia económica y a limitar la actividad de las corporaciones transnacionales. Una manifestación de esta política fueron las leyes firmadas por el Presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, en agosto de 1975 y enero de 1976, que establecieron el control estatal sobre el petróleo. Además, a estas manifestaciones positivas del nacionalismo latinoamericano hay que añadir la aparición de organismos subregionales que excluían o limitaban la penetración de los capitales yanquis o la presencia de Estados Unidos, como el Pacto Andino (1967) o el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) (1975), y una mayor participación de América Latina en los *No Alineados* y en las organizaciones internacionales que surgieron en este período para defender los precios de las materias primas.

Entre los factores que precipitaron el colapso de esta fase de notable avance de los cambios nacionalistas y revolucionarios, se debe mencionar la campaña desestabilizadora e injerencista promovida por Estados Unidos contra diferentes gobiernos populares, la que reveló toda su crudeza en los trágicos sucesos de Chile. En el caso específico de los regímenes militares progresistas, el retroceso que éstos experimentaron no sólo estuvo asociado a la hostilidad oligárquico-imperialista, sino también a su propia factura socio-clasista. Nos referimos a los límites impuestos a las reformas sociales y medidas nacionalistas por sus propios promotores y a las debilidades en la movilización popular, insuficiencias que no podían ser compensadas, ni con el sincero patriotismo de la oficialidad comprometida, ni tampoco con estériles alianzas con las fracciones más dinámicas de la burguesía. Aislados en muchos casos de sus potenciales bases de apoyo (el pueblo) por sus inconsecuencias y prejuicios de casta y clase, los regímenes militares nacionalistas crearon condiciones para su derrocamiento por la reacción, o para ir cediendo paulatinamente en sus programas originales de radicales transformaciones socioeconómicas.

d) Dictaduras y represión de 1973 a 1979

Tras el descalabro de Vietnam, Estados Unidos enfrentado a un adverso panorama mundial y a una desfavorable correlación de fuerzas que favorecía cada vez más al socialismo y los movimientos de liberación, emprendió una brutal contraofensiva que tuvo en América Latina uno de sus principales teatros. La política reaccionaria desatada desde principios de la década del setenta, se dirigía a liquidar los focos que en el continente disientían de las posiciones norteamericanas y a intentar frenar el incesante avance de las luchas populares que trataban de impulsar proyectos de desarrollo nacionalistas y en algunos casos alternativas socialistas.

Regímenes de corte fascista, o con métodos fascistas, surgidos en su mayoría de sangrientos golpes militares, se instalaron uno tras otro en diferentes países latinoamericanos, con su secuela de presos, torturados, asesinados o desaparecidos, y haciendo gala de un absoluto desprecio por los derechos humanos y las libertades democráticas.

En algunos lugares la disolución de los partidos políticos y el abandono de las clásicas instituciones de la democracia representativa, no sólo tenían un prioritario sentido antinsurgente, sino también estaban destinadas a legitimar el nuevo bloque de poder constituido por la alta oficialidad derechista, la oligarquía tradicional y los emergentes círculos burgueses asociados al capital transnacional. En estos casos se trataba, en rigor, de la implementación de la dictadura terrorista de los grandes monopolios para doblegar a los pueblos e imponer un rígido programa económico en provecho de sus intereses.

En gran medida este proceso estuvo asociado a los desastrosos efectos de la endémica depresión económica de América Latina, que llevó a muchos gobiernos a la adopción de una ortodoxa política de estabilización monetaria en consonancia con los dictados del Fondo Monetario Internacional (FMI). Para contener la inflación galopante, detener el crecimiento de la deuda externa y propiciar la expansión económica, se restringieron los salarios de los trabajadores, se liquidó el reformismo agrario auspiciado por los viejos planes de la Alianza para el Progreso, se recortaron sustancialmente los créditos a las pequeñas empresas y los subsidios estatales a los productos esenciales, aumentándose las tarifas en los servicios públicos y en otras ramas de la infraestructura.

Con la finalidad de equilibrar la balanza de pagos, se redujeron las importaciones y se adoptó una completa liberalización cambiaria y de devaluación de la moneda, otorgándose mayores preferencias al capital extranjero. Como resultado de estas medidas entreguistas, en muchos países latinoamericanos se aceleró extraordinariamente el proceso de concentración de capital y monopolización de los principales sectores económicos -junto a la internacionalización creciente de la industria-, pues las pequeñas empresas no estaban capacitadas para resistir los efectos combinados de la política neoliberal y los embates de los consorcios extranjeros. De esta forma, en varias naciones de América Latina, sin romper el compromiso de clase con la oligarquía agroexportadora, se gestaron las condiciones para continuar la expansión de la gran burguesía monopólica criolla y transnacional, iniciándose la estructuración de una modalidad dependiente del capitalismo monopolista de Estado.

La oscura fase caracterizada por el predominio de regímenes fascistas y dictatoriales se abrió con el traicionero golpe contrarrevolucionario que el 11 de septiembre de 1973 derrocó

al gobierno popular de Salvador Allende. Ante la creciente concientización del pueblo chileno, y en especial del proletariado, la burguesía monopólica y los Estados Unidos reaccionaron con todo su furor y barbarie, imponiendo en Chile un régimen de tipo fascista. En cierta forma, la dictadura de Pinochet estaba emparentada con la asonada castrense de Brasil, que casi diez años antes depusiera al gobierno progresista de Goulart.

El régimen militar brasileño, inaugurado en abril de 1964, liquidó el reformismo *trabalhista* y fue el comienzo de una férrea y criminal dictadura de corte fascista que aplastó cualquier conato opositor. Desde esa perspectiva, el gobierno brasileño fue la primera experiencia latinoamericana de esta clase de régimen, aunque naciera en una fase anterior (1961-1967), pues sus rasgos fascistas se habían ido perfilando con la promulgación de las actas institucionales de 1965 y 1967, hasta eliminar los últimos vestigios democráticos. Así, el fascismo brasileño sirvió de vehículo para estrangular las protestas obreras y las manifestaciones estudiantiles, y para combatir la creciente actividad de las guerrillas urbanas.

Dentro de esta misma línea se pueden ubicar el golpe militar de Hugo Banzer en Bolivia (agosto de 1971), que puso fin al gobierno nacionalista de Torres y cercenó las acaloradas sesiones del parlamento obrero que funcionaba en La Paz -verdadero "poder dual"-, y la asonada contrarrevolucionaria de junio de 1973 en Uruguay, desatada cuando el Presidente Juan María Bordaberry, en contubernio con los militares fascistas, dio un autogolpe de Estado, disolvió el Congreso y suspendió toda actividad política. En sentido estricto, el golpe uruguayo no sólo perseguía exterminar la lucha armada en las ciudades donde operaban los Tupamaros, sino sobre todo anticiparse a un futuro triunfo electoral del Frente Amplio y su programa de cambios, que incluía una reforma agraria, la nacionalización de la banca y los principales sectores del comercio exterior.

El derrocamiento (marzo de 1976) del desprestigiado gobierno peronista de María Estela Martínez por los militares derechistas argentinos, aceleró el retroceso democrático que se vivía en este país sudamericano desde la muerte del General Perón en julio de 1974. El golpe de la Argentina marcó el principio de una tenebrosa dictadura terrorista -cuyo diagnóstico resultó equivocado para algunas fuerzas de izquierda como el Partido Comunista- que se propuso ajustar cuentas al movimiento obrero y popular y al ala radical del peronismo, con la excusa de extirpar la subversión. Esto completó el dramático proceso de fascistización que tenía su centro neurálgico en el Cono Sur.

Como ya había ocurrido en Brasil, el camino recorrido por las dictaduras fascistas latinoamericanas para la reorganización estructural de la economía, fue imponer un vertiginoso descenso del nivel de vida de los trabajadores y una mayor entrega del país al capital foráneo. No obstante la similitud de sus objetivos, la política económica específica de cada uno de estos regímenes tuvo sus propias peculiaridades, pues mientras en Brasil se reservó un papel importante al Estado en la esfera productiva y se proyectaba un colosal crecimiento industrial, en Chile y Uruguay tenían por fundamento las concepciones monetarias de la llamada Escuela de Chicago, al tiempo que Argentina desarrollaba una errática amalgama mediante la combinación de métodos de conducción económica monetarista, liberales y estatistas. A diferencia de Brasil, donde se logró un crecimiento económico tan significativo como desigual y se preservó el área estatal, en los otros países se pretendió convertir al sector privado en el pivote del desarrollo económico, aspirando a que el

mercado ejerciera automáticamente una función reguladora y estimulante sobre la economía.

Los gobiernos fascistas instalados en el poder en América Latina de los años setenta, estuvieron acompañados de la "modernización" al estilo fascista de antiguas tiranías como la de Stroessner en Paraguay, Duvalier en Haití, Somoza en Nicaragua y la de los militares genocidas guatemaltecos -herederos de la invasión contrarrevolucionaria de Castillo Armas en 1954- que, con la abierta complicidad de Estados Unidos, propendían al establecimiento de regímenes fuertes, fundamentados en el absoluto respaldo de sus fuerzas armadas. De esta manera, el panorama continental se ensombreció con la multiplicación de dictaduras fascistas y gobiernos reaccionarios, prueba de que el *diktat* norteamericano se había vuelto a imponer plenamente. El triunfo momentáneo de la contrarrevolución fue un hecho consumado en casi todo el hemisferio. Con ello se creaban las condiciones indispensables a los monopolios transnacionales para un despiadado reordenamiento de las economías latinoamericanas en función de los requerimientos actuales del sistema capitalista.

e) La revolución sandinista y el avance democrático de los ochenta (1979 - 1989)

El triunfo sandinista en Nicaragua sobre la dictadura criminal de Somoza el 19 de julio de 1979 abrió, como veinte años antes hiciera la Revolución Cubana, una nueva fase de positivas transformaciones que cambió la faz del continente. En este sentido, la Revolución nicaragüense asestó un golpe demoledor a la dominación norteamericana, como parte de las luchas hemisféricas por su segunda y definitiva independencia. Desde entonces importantes cambios tuvieron lugar en el escenario latinoamericano, en el cual ha reaparecido un nutrido grupo de gobiernos democráticos de mayor o menor solidez y de distinta proyección política.

A partir de 1979 la hegemonía de Estados Unidos entró en otra etapa de retroceso, no sólo evidenciada en la aplastante victoria sandinista, sino también por la triunfante revolución que encabezara Maurice Bishop en la isla de Granada, el 13 de marzo de ese mismo año, y por los cambios positivos ocurridos en la América del Sur.

Las masas trabajadoras volvieron a ganar las calles y el movimiento obrero se revitalizó en varios países. Hitos de este proceso de apertura democrática, que en muchos lugares se conjugó con un rebrote del nacional reformismo, fueron los acontecimientos ocurridos en Argentina, Brasil, Uruguay, Bolivia, Perú y Ecuador. En las tres primeras, las exigencias obreras y populares, las insoportables proporciones de la crisis económica, unido a un inusitado despunte de la oposición liberal burguesa, obligaron a los regímenes fascistas a prever un cronograma de regreso a la democracia.

En el caso argentino la decisión fue precipitada por la aplastante derrota sufrida frente a Inglaterra en la fulminante Guerra de las Malvinas (de abril a junio de 1982) que estremeció todas las estructuras de poder en este país ya agobiado por una debacle económica sin precedentes. La aventura colonialista del envejecido imperio británico levantó una ola de solidaridad latinoamericana con la justa causa del pueblo argentino y de repudio al incondicional apoyo prestado por Estados Unidos al gobierno de Londres. La crisis de los militares llevó a la Casa Rosada, en enero de 1984, al dirigente radical Raúl Alfonsín, sustituido en 1989, en medio de una profunda crisis económica por el peronista Carlos

Menem. En circunstancias menos traumáticas, se desenvolvió el traspaso del poder a los civiles en Uruguay y Brasil. En estos lugares ascendieron en marzo de 1985 a la primera magistratura Julio María Sanguinetti y José Sarney, este último de manera inesperada debido a la repentina enfermedad y posterior muerte, tras penosa agonía, del Presidente electo Tancredo Neves. En la Banda Oriental, tras el paréntesis del gobierno de Luis Alberto Lacalle, el poder volvió a manos de Sanguinetti en 1990.

Mucho más precario fue el retorno a la democracia en Bolivia. Aquí la lucha de masas y la siempre presente crisis económica impusieron la salida del poder del dictador Banzer en julio de 1978, lo que fue seguido de inestables gobiernos civiles (Walter Guevara Arce y Lidia Geiler) que no pudieron evitar se entronizara un sangriento paréntesis (1980-1982) de autoritarismo militar, avalado con los negociados del narcotráfico. Una nueva etapa democrática comenzó en octubre de 1982 con el regreso al poder de los líderes históricos de la Revolución Boliviana de 1952: Hernán Siles Suazo, que gobernó hasta 1985, y Paz Estenssoro que lo hizo hasta 1989.

En Perú y Ecuador el restablecimiento del sistema democrático se efectuó de manera muy diferente, ya que aquí no se trataba de sustituir dictaduras fascistas carcomidas, sino de remplazar gobiernos militares progresistas -el segundo bastante atemperado- cuyas expectativas se habían malogrado. El fracaso del reformismo militar en estos dos países bolivarianos dio paso a regímenes civiles de distinto signo, proceso iniciado en tierras ecuatorianas en 1979, con el ascenso a la presidencia de Jaime Roldos seguido, tras su inesperada muerte, por Osvaldo Hurtado (1981), León Febres Cordero (1984) y Rodrigo Borja (1988); y en Perú desde 1980, con el anodino gobierno de Fernando Belaunde Terry, al cual sucedió en julio de 1985 el joven líder aprista Alan García.

El rumbo progresista de los principales acontecimientos latinoamericanos en los años ochenta, se vio fortalecido con la independencia obtenida por un grupo de pequeñas naciones del Caribe: Dominica (1978), Santa Lucía (1979), San Vicente y Granadinas (1979), Antigua (1981), Barbuda (1981) y Belice (1981). Además, en varias islas de la región han ascendido al gobierno fuerzas progresistas, aunque la intervención militar norteamericana contra la diminuta Granada, aprovechando el suicidio de la revolución que significó el incalificable asesinato de Maurice Bishop (octubre de 1983), constituyó sin duda un sensible golpe para el movimiento revolucionario de la región. No obstante la magnitud de este revés, el mismo tuvo lugar en medio de una fase en que predominaron a escala continental los indiscutibles logros democráticos y progresistas. Una muestra de ello fue la estrepitosa caída de la dictadura de Duvalier en Haití en febrero de 1986.

Otra característica de la etapa fue que Estados Unidos pretendió utilizar en provecho de sus planes antinsurgentes la atmósfera democrática existente entonces en América Latina, fraguando para ello inconsistentes aperturas políticas, tal como indicaron las elecciones presidenciales diseñadas para la convulsionada zona de Centroamérica: Honduras (1982), El Salvador (1984) y Guatemala (1985).

f) América Latina en la posguerra fría (1989-1997)

A partir de los radicales cambios ocurridos a nivel internacional con el desplome del socialismo en Europa Oriental y la desaparición de la Unión Soviética, se abre una nueva fase en la historia de América Latina, inserta en un triunfalista nuevo orden internacional, de signo unipolar, que Estados Unidos ha ido tejiendo como única superpotencia político-militar, a contrapelo de sus conocidas e insolubles dificultades económicas y financieras. En medio de un intolerante ambiente ideológico neoliberal y de la crisis del socialismo se produjo el inicio de esta nueva etapa en América Latina con la inescrupulosa agresión yanqui a Panamá (diciembre de 1989), para poner fin a los últimos vestigios del nacionalismo torrijista con el pretexto de la democratización y la lucha contra el "narcotráfico"; así como la derrota electoral del Frente Sandinista en Nicaragua (1990), debilitado por una guerra sucia de casi diez años, conflicto de baja intensidad en el lenguaje eufemístico de la politología norteamericana.

Esta desfavorable coyuntura histórica y el intolerante ambiente ideológico neoliberal favorecen objetivamente los planes norteamericanos para aislar la revolución cubana, constituyendo la más grave amenaza a su existencia desde 1959. A pesar de ello, el proceso cubano se mantiene enhiesto, en medio de dificultades económicas de todo tipo, y continúa los esfuerzos por seguir adelante con su proyecto socialista.

Otra característica de esta fase, determinada en gran medida por el contexto internacional, ha sido la generalización de un clima de negociación entre fuerzas antagónicas de derecha e izquierda que ha puesto fin en varios países a largos conflictos civiles que parecían insolubles y a una endémica lucha guerrillera, como ha ocurrido en El Salvador, Colombia y más recientemente en Guatemala. Algo diferente fue la casi completa desarticulación sufrida por Sendero Luminoso en Perú bajo los golpes del gobierno de Alberto Fujimori, iniciado en 1990, y reelegido, gracias a ese sonado éxito, cinco años después; lo que no ha sido óbice para incidentes de amplia connotación internacional como la toma de la Embajada de Japón en Lima, en diciembre de 1996, por un comando del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru. También en estos tiempos ha continuado la democratización y el establecimiento de gobiernos civiles, tendencia iniciada en la fase anterior, y expresado en ésta con la caída de la añeja dictadura de Stroessner en Paraguay (1989) y la parcial retirada de Pinochet en Chile -que permitió el ingreso a La Moneda de Patricio Aylwin primero y desde 1994 de Eduardo Frei hijo-, proceso empañado por la persistente presión de los militares chilenos sobre los poderes del estado (caso Contreras).

Por otro lado los gobiernos de América Latina han ido aceptando un tratamiento bilateral al problema de la deuda externa: ceden ante las presiones de Washington en cuestiones vitales de soberanía -léase narcotráfico- y encaminan su economía a la virtual absorción por la norteamericana -el caso de México y sus acuerdos (1993) con Estados Unidos y Canadá (Tratado de Libre Comercio) es paradigmático-, en perjuicio de las enormes posibilidades de la integración latinoamericana. Además casi todos los gobernantes del área coinciden en promover el mismo tipo de economía "desregularizada" de mercado libre: privatización del patrimonio estatal, drásticos recortes del gasto social, franquicias sin límites a la extracción de utilidades por el capital extranjero, etc.; fácil presa de un mundo industrial fortalecido por la creciente globalización de la economía y la tendencia a la formación de macrobloques capitalistas. El resultado es el mismo en todo el continente: reconcentración de la riqueza,

ampliación del número de marginados y acentuación de las deformaciones estructurales.

Desde el punto de vista político, los últimos intentos de concertación latinoamericana - como las cumbres iberoamericanas- ofrecen sólo algunos pocos resultados tangibles y también han carecido del vigor y la voluntad para frenar el redespliegue agresivo de Estados Unidos. En la evaluación de estos hechos no hay que olvidar la endémica dependencia financiera de América Latina respecto a Estados Unidos y el capital trasnacional, así como las expectativas económicas y comerciales despertadas por determinados proyectos de factura norteamericana (ejemplo: Plan Brady).

El desarrollo complejo y desigual de los países de América Latina pueden de todos modos abrir en el futuro inmediato inesperadas opciones y espacios que hoy apenas se vislumbran y que determinen la apertura de una nueva etapa de su historia. Quizás algo de esto indica la lacerante violencia que hoy azota a varios países del continente; la insólita caída de los gobiernos corruptos de Collor de Mello en Brasil (1992) y Carlos Andrés Pérez en Venezuela (1993); el estrepitoso fracaso del autogolpe de estado de Serrano Elías en Guatemala (1993), los crecientes síntomas de ingobernabilidad observados en varios países (Samper en Colombia o Bucaram en Ecuador) o el fortalecimiento en diversos lugares de lo que podría ser una promisoría nueva izquierda latinoamericana purgada de errores, traumas y desencuentros del pasado. También los lamentables enfrentamientos fronterizos entre Perú y Ecuador (1995), la profunda inestabilidad mexicana -agudizada por el levantamiento guerrillero en Chiapas (1994) del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y una serie de asesinatos políticos, entre ellos el del candidato oficialista a la presidencia Luis Donaldo Colosio, y el inesperado ascenso de fuerzas políticas consideradas ya acabadas: Pérez Balladares, heredero del torrijismo, en Panamá (1994) y Cheddy Jagan en Guyana (1992) confirman esa posibilidad. A ello habría que añadir el colapso del modelo de crecimiento de mercado libre en América Latina, evidenciado en una década de indicadores económicos regresivos -el famoso decenio perdido-. Estos son sólo algunos de los elementos visibles que podrían dar lugar a un giro inesperado en la evolución de este continente, cuestionando la *pax* americana que las administraciones norteamericanas insisten en imponer al mundo antes del inicio del próximo milenio. En el escenario latinoamericano la intervención de Estados Unidos en Haití (1994) lo confirma.

Bibliografía

- Aguilar Monteverde, Alonso, *El Panamericanismo. De la doctrina Monroe a la doctrina Johnson*, México, Cuadernos Americanos, 1965.
- Ardao, Arturo, *La idea de la Magna Colombia de Miranda a Hostos*, México, UNAM, 1978.
- Cardoso, Ciro F. S. y H. Pérez Brignoli, *Los métodos de la Historia*, México, Grijalbo, 1977.
- Céspedes, Guillermo, *América Latina colonial hasta 1650*, México, Sep Setentas, 1976.
- Cueva, Agustín, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1977.
- Díaz de Arce, Ornar, *El proceso de formación de los estados nacionales en América Latina*, La Habana, Universidad de La Habana, 1980.
- Díaz de Arce, Ornar, "Sobre una periodización de la historia latinoamericana", *Ensayos Latinoamericanos*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971.
- Díaz de Arce, Ornar y Sergio Guerra Vilaboy, "Notas sobre la evolución de la estructura de clases en América Latina", *Santiago, Revista de la Universidad de Oriente*, Santiago de Cuba, junio de 1982, núm. 46.
- Esteve Barba, Francisco, *Historiografía Indiana*, Madrid, Editorial Gredos, 1964.
- Florescano, Enrique, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991.
- Fontana, Josep, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Grijalbo, 1982.
- Galich, Manuel, *Nuestros primeros padres*, La Habana, Casa de las Américas, 1981.
- González Casanova, Pablo (compilador), *América Latina: historia de medio siglo*, México, Siglo XXI, 1977, 2t.
- Guerra Vilaboy, Sergio, "Los movimientos populares y la problemática de la revolución burguesa en América Latina", *Estudios, Revista de Antropología, Arqueología e Historia*, Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala, noviembre de 1988, núm. 2.
- Guerra Vilaboy, Sergio, *Historia y revolución en América Latina*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989.
- Guerra Vilaboy, Sergio, *El dilema de la independencia*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1993.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1972.

Haya de la Torre, Víctor, *El lenguaje político de Indoamérica*, México, UNAM, 1979.

Historia de la América Latina durante la primera etapa de la crisis general del capitalismo (1917-1939), La Habana, Ministerio de Educación Superior, 1981, primera parte.

Iglesias, Fe, "La periodización de la historia de Cuba. Un estudio historiográfico", Santiago, Revista de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, marzo de 1988, núm. 68.

Konetzke, Richard, *América Latina II. La época colonial*, México, Siglo XXI, 1971.

Kossok, Manfred, *La revolución en la historia de América Latina*, La Habana, Ciencias Sociales, 1989.

Lorenzo, José L., "Poblamiento del Continente americano", Historia de México, México, Ed. Salvat, 1974, tomo 1.

Mendez, Roberto N., "Los ciclos económicos y la historia panameña", Tareas, Panamá, Revista del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) "Justo Arosemena", mayo-agosto de 1988, núm. 69.

Parry, J. H., *El Imperio Español de Ultramar*, Madrid, Aguilar, 1970.

Phelan, John L., *El origen de la idea de América*, México, UNAM, 1979.

Prieto, Alberto, "Categorismo periodizador para la historia de América Latina", Santiago, Revista de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, diciembre de 1982, núm. 48.

Rama, Carlos, *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Madrid, Editorial Tecnos, 1981.

Ramos, Jorge Abelardo, *Historia de la Nación Latinoamericana*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1968, 2t.

Rivet, Paul, *Los orígenes del hombre americano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

Sejourné, Laurette, *América Latina I. Antiguas culturas precolombinas*, México, Siglo XXI, 1971.

Cuadernos de Trabajo, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, C.P. 91000, Col. Centro, Xalapa,
Veracruz, México
Telfax (01228) 812 47 19
Email: iihs@uv.mx